



A. G. MURPHY

SIN CUARTEL



OBRAS DEL AUTOR

EN NEVADA:

SANGRE EN LA PRADERA

EN EXTRAORDINARIA:

¡INSURRECCION!

EN EL F. B. I.:

EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS
HORAS TRAGICAS
NUEVA YORK-SAN FRANCISCO
HERMANO CONTRA HERMANO



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar
Benet. (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO.
por Alf Manz. (2.ª edición.)

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 - » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
 - » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 - » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
 - » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 - » 27.—LA MUERTE AIADA, por Frank McFair.
 - » 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
 - » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 - » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 - » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 - » 32.—NUEVA YORK - SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 - » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 - » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 - » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 - » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 - » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 - » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 - » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 - » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 - » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 - » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 - » 43.—
 - » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 - » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.

En preparación:

ARMOUR, EXPULSADO

I



yo prometo, señoras y señores, no descansar hasta ver limpia la ciudad de esos indeseables que a favor de una situación como la presente, medran como hongos venenosos y amenazan con asfixiar no ya sólo cualquier iniciativa de los ciudadanos de orden, sino nuestra propia vida.

La voz de Johnson Rowley potente de por sí y aún mucho más en aquel momento en que docenas de altavoces la amplificaban por todo el ámbito del imponente coliseo (el Athenea Theatre), impresionó a la muchedumbre. Una atronadora salva de aplausos acogió aquella parte del discurso del prohombre político, que, tras tomar un sorbo de agua del vaso que había sobre la mesa en la tribuna, prosiguió:

—He dicho la vida, sí, y lo repito. Pero todos debemos estar dispuestos: primero, a luchar por ella, porque sea más digna, y

segundo, si es necesario, a sacrificarla en aras de nuestros Ideales de paz y de justicia para todos. Que nadie se asuste ante las pistolas de los patibularios, y mi programa de gobierno no será letra muerta, sino que alcanzará tal efectividad, que, a la vuelta de unas semanas de mi triunfo, a lo sumo meses, no digo que Chicago, este nido de hombres sin ley, sea una balsa de aceite, porque para eso se necesita más tiempo, pero sí que las personas honradas podrán respirar seguras, sin más «proteccionismo» que los que el Gobierno de nuestra nación pueda prestarles, y al que tenemos derecho, pues para eso pagamos sin rechistar nuestros impuestos.

Nuevos aplausos por parte de la multitud y nuevo sorbo de agua por la del orador.

—Y esta promesa solemne que hago hoy, señoras y señores, será realidad pronto si se deciden a votar mi candidatura. He dicho.

Se repitieron las ovaciones, más atronadoras que nunca, mientras que Johnson Rowley se retiraba de la tribuna y salía a la calle, donde un potente automóvil le esperaba, puesto en marcha, y al que subió en compañía de tres de sus colegas.

El gentío que no había podido entrar en el teatro, y que había seguido el discurso del político desde el exterior, por medio de altavoces colocados estratégicamente, rodeóle de tal forma que apenas si el automóvil podía avanzar.

Por doquier se oían vivas a Johnson Rowley, a su partido y a su programa de represión del pistolero, programa ambicioso y digno de loa, pero que todo el mundo sabía los peligros que entrañaba.

Hombres y mujeres, algunos con lágrimas en los ojos, enronquecían gritando lo que les salía del corazón y que decía bien a las claras con cuánta alegría veían aparecer ante ellos a aquella especie de libertador.

Salieron a relucir pancartas. «Votad a Johnson Rowley». «¡Abajo el “gangsterismo!”». «Queremos paz y seguridad», podía leerse.

A los que habían oído el discurso desde la calle, se unieron ahora los que salían del interior. Era una riada humana, que cada vez engrosaba más, y más y más gritaba enardecida a medida que el coche del político intentaba abrirse paso. Tanta era la aglomeración y tan difícil el avance, que Johnson Rowley se vio obligado a descapotar su vehículo poniendo en juego el dispositivo automático

con que para ello contaba, y después incorporarse, junto con sus tres compañeros de candidatura, tratando de hacerse oír.

Los que estaban en primera fila sisearon para que los demás callaran.

—Johnson Rowley va a hablar. ¡Silencio, silencio, silencio! —se repetían unos a otros.

Por fin, el silencio solicitado, aunque relativo, reinó por breves instantes. La potente voz del orador hizo ver la conveniencia de que no obstaculizaran su marcha, pues tenía los minutos contados para llegar a distintos puntos del condado, donde había discursos suyos anunciados a hora fija.

—Tenemos un círculo que recorrer de muchas millas. Nos esperan y no podemos ni debemos demorarnos.

Como al conjuro de estas palabras, los que interceptaban el avance del automóvil abrieron camino, apretujándose unos contra otros sin cesar de aplaudir.

A la vista de aquel espectáculo, cualquiera hubiera dado por supuesto, y con razón, que el elegido para gobernador de Chicago no sería otro que aquél a quien despedían. Su programa era un programa claro y tajante y una de las cosas en que más hincapié hacía en todos sus discursos, y que más partidarios le había granjeado, era la de la lucha a muerte contra los «gangsters» bajo cualquiera de sus disfraces: proteccionismo, «trust» de juego, etc., etc. El imperio del crimen en todas sus manifestaciones había de desaparecer de la ciudad, y Johnson Rowley estaba dispuesto a conseguirlo.

Pero alguien, en la sombra, se disponía, por el contrario, a impedirlo. Y así, cuando la enorme manifestación dejó los alrededores del Athenea Theatre y se perdió por diversas calles hasta llegar a la más céntrica, la del Estado, un automóvil misterioso, apostado en la Cincuenta y Una, avanzó sobre esta calle ametrallando a la multitud.

Algunos, no tuvieron siquiera tiempo de percatarse de lo que ocurría y ya se doblaban, heridos de muerte. Más de una pancarta de aquéllas que animaban a la gente a votar yacían en el suelo, sin que nadie osara levantarlas.

La confusión creada por el salvaje atentado no es para descrita. A los ayes de los agonizantes se unían los gritos histéricos de la

muchedumbre, corriendo alocada, atropellándose, sin saber dónde meterse, pese a que, por el momento, el peligro había pasado con la desaparición de los asaltantes en dirección a la avenida Stewart, seguidos por algunos motoristas y un coche de la Policía que patrullaba casualmente por allí.

En aquel momento, la confusión subió de punto. Un ligero avión de caza había aparecido sobre los manifestantes y arrojaba algo, que la gente tomó por bombas.

Se repitieron los gritos de terror, las carreras despavoridas, los desgraciados accidentes en que el débil era arrollado por el fuerte, arrojado a tierra y pisoteado hasta quedar hecho una piltrafa. Varios muertos y heridos fueron el resultado de aquella estampida humana.

Y eso que el avión no arrojaba, en realidad, sino octavillas. Rectángulos de papel de distintos colores, en que se aconsejaba no votar a Johnson Rowley bajo amenaza de muerte. «Lo de hoy no ha sido más que un simple aviso. Quienes se pongan frente a nosotros, morirán. Somos fuertes y tenemos poder para conseguir lo que nos propongamos».

Si la gente no hubiera estado tan alterada y nerviosa a causa del incidente, se hubiera percatado seguramente de la maniobra de un joven que salió de entre ella y se lanzó a toda velocidad sobre una motocicleta que estaba parada a corta distancia.

Se trataba de Roderick Arnold. Aparentaba tener veintiocho años y era ancho de hombros, aunque no muy elevado de estatura. Su rostro no era el de un hombre guapo, pero poseía en él un algo que, sin duda, había de gustar a las mujeres. Pocas de sus conocidas lo habían percibido, pero todo el interés de su cara radicaba precisamente en sus ojos azules claros y en su cabeza crespa y siempre erguida, como si desafiara al mundo.

Vestía entonces un traje azul claro y se tocaba de un flexible gris.

Huérfano de nacimiento, su fortuna había ido quedando entre las uñas de preceptores, tutores y demás ralea. Al cumplir su, mayoría de edad sufrió tal desengaño, que hipotecó su buen nombre lanzándose a dar fin «de los cuatro cuartos —ésta era su expresión preferida— que los cuervos le habían dejado».

Viajó por todos los Estados de la Unión, y cuando percibió que

no le quedaba un centavo, se sintió feliz, un hombre nuevo, capaz de fraguarse un porvenir en cuanto lo deseara, lo que consiguió no tardando, gracias a los estudios que había practicado.

Y así, el Roderick Arnold que se había lanzado sobre la motocicleta y que se perdía a toda marcha en persecución de los asesinos, se parecía en poco a aquel otro que un día se propuso dar fin del resto de su fortuna. Sólo porque había sufrido un desengaño con los administradores de ella en su minoría de edad.

El viento le daba en el rostro y doblaba el ala de su sombrero. Silbaba en sus oídos como música de aventuras y él sentía que la sangre le ardía en las venas con un fuego parecido al que le impulsó a correr aquella de la liquidación de sus bienes.

«¡Adelante, Roderick!», se animaba a sí mismo.

Y notaba que en sus labios le retozaba la risa, mientras en su corazón sentía el impulso generoso de dar la vida por los demás.

Dejada atrás la avenida Wentworth, torció por la Stewart y avanzó por el boulevard Garfield. Pensaba coger así la delantera, tanto a los policías como a los criminales, y, a ser posible, dar a todos una lección que no fuera olvidada en Chicago durante mucho tiempo. No podía olvidar el atentado alevoso, el pánico de la muchedumbre, los gritos de los agonizantes, el terror, la sorpresa que reflejaban los ojos opacos de los muertos.

Millas tras millas, atrás iban quedando calles y más calles. El joven conocía con los ojos cerrados la toponimia de la ciudad y abrigaba la certeza de que, siguiendo como hasta allí, pronto podría torcer, con algunas yardas de ventaja, al encuentro de quienes perseguía.

Las sirenas de los coches policiales —al primero se habían unido otros dos— daban a Roderick la pauta a seguir, con sus estridencias más altas o más bajas, según fuera la distancia que en el zigzag de las calles los acercaban o separaban.

Cuando creyó llegado el momento. Roderick Arnold guió la motocicleta con una sola mano y con la otra sacó de su bolsillo una automática, cuyo seguro quitó. Con ella preparada, los ojos azules del joven tomaron una dureza desconocida. Una vez más, se irguió su cabeza, en aquel gesto tan peculiar suyo lleno de energía e inquebrantable decisión.

En el cruce de la calle Cuarenta con la Setenta y Una, Roderick

notó que las sirenas quedaban a su espalda. Un cálculo mental le dio enseguida su situación y se dispuso a obrar. No disponía más que de unos segundos, y supo aprovecharlos con una premura digna de encomio.

Saltó de la motocicleta, que dejó recostada en el pavimento, y corrió hacia un autobús de la empresa Empire y Cia, que se disponía a recoger los viajeros que esperaban bajo la marquesina de cristales de las oficinas. Roderick no lo permitió. Sin pérdida de tiempo, hizo a un lado al chofer, amenazándole con la pistola —no era ocasión aquélla de andarse con explicaciones— y metió el pie en el acelerador, llevando al «bus» hacia una de las avenidas transversales, por la que suponía, y no se había equivocado, avanzaban los «gangsters», disparando ahora sobre sus perseguidores.

El automóvil de viajeros quedó atravesado en el centro de la calle y Roderick Arnold se parapetó, presuroso, detrás de él. Los pistoleros tocaron el «claxon» desesperadamente, y en vista de que el obstáculo no desaparecía, intentaron subir a la acera y aprovechar el hueco que el vehículo dejaba libre entre él y las edificaciones; pero midieron mal el terreno y les fué imposible hacer pasar por allí a su coche. La maniobra para retroceder era difícil y mucho más cuando descubrieron que los policías se les echaban encima haciendo fuego.

Roderick, siempre a la expectativa detrás del autobús, descubrió de improviso que los «gangsters» saltaban de su automóvil, para procurar la salvación por pies. Venían hacia él, y Arnold los dio el alto, asomando el arma y el rostro por entre el motor. Por toda respuesta, los delincuentes dispararon.

El joven, de un tiro certero, hizo que uno de los «gangsters» se fuera a tierra, donde quedó revolcándose malherido. Los otros tres, acorralados, con el pavor de la muerte reflejándose en sus miradas, se recostaron contra la pared, tratando de parapetarse en algunos de sus salientes. Otro más cayó al suelo, boca abajo. Y en vista de que hasta allí les buscaban las balas, los supervivientes optaron por refugiarse en un ancho zaguán. Eran fieras dispuestas a pagar cara su derrota.

Las fuerzas de Policía avanzaban con precaución, escondiéndose de trecho en trecho tras las balastradas de piedra de las

edificaciones cercanas.

Roderick no esperó a más. Con un salto de tigre salvó la verja que cercaba la casa, en cuyo portal se habían hecho fuertes los asesinos, y sin detenerse, encaramóse a una de las ventanas del piso bajo, cuyo cristal rompió con el cañón de su automática.

Un hombre y una mujer, ya mayores, sorprendieron su maniobra, incapaces de reaccionar, y le vieron cruzar ante ellos desde la sala al pasillo.

—¿Dónde está la puerta de salida? —preguntó.

Los viejos, temblorosos, no supieron responder. Pero una jovencita, que apareció en aquel momento, se impuso de la situación enseguida y le indicó con un gesto lo que deseaba saber.

Roderick Arnold descorrió el pestillo con suavidad, encontrándose en la escalera. Los «gangsters» seguían disparando desde sus posiciones, entre maldiciones y blasfemias.

El joven se deslizó de puntillas, pegado a la pared y con el arma pronta. Los asesinos no eran ya más que dos. El tercero yacía en un rincón, donde, sin duda, los otros le habían arrastrado, sobre un charco de sangre, que se iba agrandando a medida que manaba de sus heridas mortales.

—Duro con ellos, Joe —oyó Roderick que decía uno de los perseguidos—. Hemos hecho un nuevo blanco. ¡Puaf! M... de «polis». Ya verán con quiénes se las tienen que ver.

Roderick Arnold pudo asesinarles a mansalva, pero era demasiado valiente para hacerlo. Demasiado valeroso y además, muy exigente consigo mismo. Disparar por la espalda, aunque aquellas espaldas fueran precisamente las de unos hombres sin ley, se le antojaría siempre un crimen.

Avanzó, pues, despacio. El tramo de escaleras que le separaba del portalón había sido bajado. Cuatro pasos más y, parapetado contra uno de los dos pilares de piedra que había en él, podría invitarles a rendirse si no querían morir.

El arma de Roderick apuntaba por detrás justamente a la altura del corazón de los dos asesinos, mientras con ojos, móviles y atentos, espiaba sus menores movimientos.

Un par de zancadas y, al echar la tercera, uno de los delincuentes expuso al otro la conveniencia de huir hacia los pisos de arriba, para ganar la azotea.

—¡Desde allí nos será más fácil burlar a estos perros!

No había, acabado de pronunciar estas palabras y ya su compañero se había vuelto, cuando aún Roderick no había alcanzado el parapeto que iba buscando.

Fué algo visto y no visto. Roderick Arnold comprendió la necesidad de matar para no ser muerto, y su automática ladró. Al mismo tiempo de dar el asalto que le había de colocar fuera del alcance de las pistolas enemigas, disparó por dos veces, casi simultáneamente.

Uno de los asesinos, tras breves segundos de vacilación, en que hizo ímprobos esfuerzos por levantar el arma, vino a caer de bruces, pesadamente, sobre el pavimento. Allí, su mano derecha tembló un segundo y al fin quedó inmóvil, trágicamente inmóvil, mientras, bajo el robusto cuerpo, nacía e iba creciendo un charco rojo. Su sombrero estaba abandonado junto a él, con el hueco hacia arriba.

En cuanto al segundo de los facinerosos, el tiro no fué tan certero. La bala parecía haberle atravesado la muñeca, con rotura de hueso, y de su mano se le había escapado al suelo la pistola. Roderick, instintivamente, fué a guardarse el arma en el bolsillo, mirando sin ver la torre que había al fondo y un coche rojo parado en la calle; pero, enseguida, cambió de opinión, y con un nuevo salto de felino se situó al lado del criminal, apoyando con gesto decidido el cañón de la pistola contra uno de sus costados.

—¡Manos arriba! —ordenó.

Sólo una podía levantar el «gánster», y así lo hizo, mientras la otra, chorreando sangre, le colgaba muerta a lo largo de la pernera del pantalón.

Comoquiera que, pese a haber cesado los disparos de los pistoleros, la Policía seguía «paqueando», Roderick Arnold dedujo que no se habían percatado de su acción, o que tal vez le habían tomado por lo que no era, encontrándose en peligro de caer herido por ellos.

Con inspiración súbita, ató su pañuelo al cañón de la pistola y lo asomó despacio. Hasta los del portal llegó entonces la orden de alto el fuego.

—¡Se rinden! ¡Se rinden! —repetían desde afuera, e invitaban a los que creían los «gangsters» a que salieran con los brazos en alto.

Roderick Arnold sonrió con sonrisa entre zumbona y mordaz. Un

interno regocijo pareció invadirle al conjuro de aquella imprevista situación. Ahogando la risa, hizo bocina con la mano y gritó:

—A uno de nosotros le será imposible hacer lo que pedís. Sólo podrá levantar uno, pues el otro lo tiene partido.

—Salgan cuanto antes, y déjense de monsergas —contestó, enfadado, el que mandaba las fuerzas de Policía.

—¡Allá vamos!

Roderick Arnold confiaba en que a los agentes no se les ocurriera disparar; pero, por si acaso, y al mismo tiempo para estar seguro de que su prisionero no le jugaba una mala partida si lo dejaba detrás, le mandó salir primero. El guardó la pistola y le siguió enseguida.

La calle, por la parte en que Roderick había colocado el autobús, estaba ahora repleta de curiosos. Y por la parte contraria, a espaldas de los policías, más curiosos se apañaban al saber que los pistoleros se hablan rendido.

—¿No quedan más dentro? —preguntó el que antes había hablado, un sargento—. Creo que entrasteis tres.

—En efecto —respondió Roderick Arnold haciendo visibles esfuerzos para contener la risa.

—¡Que salgan entonces inmediatamente! —vociferó sin caer en la cuenta de lo ocurrido.

Roderick hizo un gesto negativo con la cabeza y con la mano. Luego, con una seriedad que acentuó el tono hiriente de su voz, dijo:

—¡Están muertos, sargento!

Algunos agentes tuvieron que taparse la boca para esconder la risa. El sargento bufó y fué hacia Roderick Arnold con cara de pocos amigos.

—¡Cachéenlo! —ordenó, con cierta dureza. Y mientras sus subordinados cumplían su mandato, masculló—: Ya le diré yo a este chistoso...

—Me permite, sargento —habló de nuevo Roderick, haciendo intención de sacar la cartera, cuando ya uno de los agentes uniformados le había quitado la pistola.

—¡No! Mis hombres lo harán.

—Yo... —Inició Arnold.

—¡Silencio! —gritó el sargento, con voz autoritaria.

Roderick Arnold volvió a sonreír y dejó hacer al agente que le registraba.

El joven fué despojado de su cartera sin que la sonrisa se le cayera de los labios. El policía se la entregó a su superior y esperó nuevas órdenes, para proseguir en su tarea. Se había oído algo extraño en todo aquello y estaba pendiente de los movimientos del sargento. Éste abrió un carnet y se quedó boquiabierto. Un color se le iba y otro se le venía.

—Perdone, perdo... ne —balbució, haciendo esfuerzos por sobreponerse de la sorpresa, y maldiciéndose en su interior por aquella metedura de pata—. Estoy a sus órdenes, inspector Roderick. ¡Cómo demonios no le reconocí antes!

—No se preocupe, sargento. Estaba en su derecho. Incluso yo, con toda mi categoría de inspector adjunto del
F. B. I.,

podía ser cómplice de ésta, gentuza. Pero le aseguro que no —prosiguió con simpática sonrisa—. Había estado en el Athenea Theatre y a la salida me encontré metido en el «jaleo». En lugar de unirme a ustedes, tomé la delantera a los asesinos, les impedí el paso con ese autobús, que coloqué en mitad de la calle, y luego salté por una ventana al piso bajo de la casa, en cuyo portal ellos habían buscado refugio. Cogí a nuestros «amigos» de espaldas y por sorpresa..., y eso fué todo.

—Por Dios, inspector; no hace falta que me dé tantas explicaciones. He sido un asno, un verdadero asno.

—No lo crea, sargento. Estaba en su derecho —repitió, una vez más, el inspector del
F. B. I.;

pero en su interior aún le retozaba la risa—. No hablemos más de ello. Curen a ese hombre como mejor puedan y llévenlo al hospital. Aunque sea para sentarle en la silla, eléctrica, antes debemos escayolar ese brazo, pues, al parecer, lo tiene partido.

Los policías caídos en la refriega habían sido retirados ya de aquel lugar de muerte. El inspector del
F. B. I.,

al inclinarse sobre uno de los «gángsters» a quienes había tomado por muertos, comprobó que estaba en la agonía y que hacía esfuerzos para hablarle.

Roderick Arnold acercó el oído a la boca. El otro, en un tenue susurro, brillándole salvajemente los ojos, antes de expirar, dijo algo al inspector que le hizo palidecer.

Entonces, el joven se incorporó y rogó al sargento que preparara las fuerzas de que dispusiera.

—No hay momento que perder —dijo, para dar fuerza a su petición—. De nuestra rapidez en intervenir depende la vida de varios hombres.

Saltó precipitadamente al coche de sus colegas y, como el sargento le mirara interrogativamente, agregó:

—Por el camino le contaré, sargento.



¡MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!

NINO:

Ahora estás a tiempo de coleccionar

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!

II



L'automóvil de Johnson Rowley devoraba millas en la carretera de Aurora. Atrás quedaba Chicago bajo un cielo plomizo que amenazaba lluvia, recostado en la orilla del lago Michigan, cuyas aguas turbias y sombrías eran surcadas por barquichuelos.

Johnson miró su magnífico reloj de pulsera con gesto impaciente y luego miró, asimismo, el marcador del automóvil.

—Cincuenta millas son muy pocas para nuestras prisas, Malek —dijo, dirigiéndose al galoneado conductor—. Hay que alcanzar las sesenta por lo menos. Vamos a llegar tarde.

El más viejo de sus tres acompañantes, oradores como él, sólo que de menor categoría dentro del partido al cual representaban en aquellas elecciones, expuso su opinión de que deberían haber

espaciado más las horas de sus charlas.

—Todo esto es demasiado. Hablamos muy de mañana, en Rockford; después, en Elgin; luego, en Chicago; ahora, en Aurora, y antes del anochecer deberemos estar en Joliet. ¡Demasiado! ¡Demasiado!

—Habla que aprovechar el domingo, Spreatfield —intervino uno de los que hasta entonces no habían despegado los labios, dirigiéndose al que había hablado con anterioridad, hombre, por cierto, de muchas carnes.

—Un poco más y esto habrá concluido —exclamó el tercero—. Y habrá concluido con un triunfo rotundo de nuestra candidatura. ¿Eh, Johnson?

Éste, sorprendido, no supo responder. Iba pensativo y no se había percatado del tema de charla de sus compañeros.

—¿Cómo? ¡Ah, sí, sí!... —dijo, ambigualmente.

Y una vez más se hundió en reflexiones.

—¿Qué te pasa? —preguntó el gordito, después de una breve pausa.

Johnson volvió en sí con un esfuerzo.

—Voy pensando en lo mucho que nos queda por hacer aún. Nuestros enemigos son fuertes.

—¿Nuestros enemigos políticos o los otros?

—Todos son unos y los mismos. A los dos habrá que vencer. Y en esta lucha, vosotros lo sabéis tan bien como yo, nos estamos jugando algo más que un título de gobernador, de alcalde o de presidente de Audiencia: nos estamos jugando, así, limpiamente, el pellejo. Todo esto me va cansando ya.

—No tienes derecho a hablar así, Johnson. ¿Qué dirían de ti nuestros electores si te oyeran?

—Dirían que tengo razón. Estamos dando cabezazos contra un muro. Y la cabeza se romperá antes que el muro. Perdonad el símil.

—Nuestros enemigos, en efecto, son fuertes. Pero no hay que olvidar que a nosotros nos apoya la razón y la ley.

—A ellos también, aunque no creáis. Tienen montado todo un tinglado maravilloso de intereses creados. Han comprado conciencias. Si algunos se han resistido, lo han amenazado, y si todavía esto era poco, lo han muerto. El régimen de terror implantado por ellos en nuestro condado[1] supera lo increíble. La

Justicia no puede con ellos y el pueblo los teme.

—Eres demasiado pesimista. Las fuerzas sanas están con nosotros. Tú mismo lo has podido apreciar hace poco, en la propia capital, y anteriormente, en los otros sitios.

—El instinto de conservación está muy arraigado en las personas. Puede que basten unos cuantos escarmientos para que toda esa pleamar que nosotros creemos levantar con nuestros discursos, desaparezca. La delincuencia organizada tiene mucho más poder que los hombres honrados.

—Es una dictadura, y todas las dictaduras, más tarde o más temprano, desaparecerán. Un día, los hombres libres se dan cuenta de que no hay que temer a las pistolas, sino hacerlas frente, y entonces todo se acaba para ellos.

—Deja ese ardor para dentro de poco en Aurora. A mí no necesitas convencerme —interrumpió Johnson—. Estoy convencido ya; pero es que pienso si nuestra acción contra la dictadura de estos pistoleros no será todavía prematura.

—Si lo es y nosotros caemos, alguien recogerá nuestra bandera y continuará luchando. Y cuando venza, ese triunfo, al fin y al cabo, será un poco nuestro —dijo el llamado Spreatfield, poniendo el broche final a la charla, pues, en aquel momento, el chofer llamó la atención de los políticos sobre un bulto tendido en la carretera.

—Parece una mujer —habló Johnson Rowley—. Sin duda, la ha atropellado algún automóvil que se ha dado a la fuga.

—Otra plaga de la sociedad que tenemos la obligación de extirpar cuando estemos en el Poder —volvió a hablar el viejo gordo con alguna ironía.

Apenas pronunciadas estas palabras, el coche frenó y el conductor saltó a tierra, decidido a auxiliar a la mujer. Johnson intentó lo propio, mientras los otros seguían repantigados en sus asientos sin muchas ganas de apearse del vehículo.

El lugar era solitario. Sólo en la distancia se divisaba una pequeña casa de campo, con verjas, y, a lo lejos, algunas más. Allí había un bosquecillo de abetos y el resto era tierra llana y fértil. Johnson Rowley pensó que podían llevar a la joven accidentada a la casita más cercana y, con ánimo de ayudar a su chofer, se acercó a él, cuando éste se inclinaba sobre ella.

En aquel momento, el político percibió que algo candente se le

incrustaba en la carne, que las fuerzas le abandonaban y que perdía el conocimiento, yendo a caer con todo su peso muerto sobre el conducto. Apenas si alcanzó a oír la descarga cerrada que había seguido a la mordedura de las balas en su cuerpo. Ni vio la polvareda que levantaban los proyectiles que habían quedado cortos juntos a la cuneta. Tampoco sorprendió que varios hombres enmascarados, armados con ametralladoras ligeras, salían del bosquecillo, disparando sobre los ocupantes del automóvil, mientras la joven que estaba tendida en el suelo se sacudía de encima los cuerpos de Malek y de Johnson, se ponía en pie, sacaba una pequeña pistola y se acercaba hacia el vehículo, con ánimo de rematar a los heridos.

—Dejadme a mí el tiro de gracia al menos; no seáis avariciosos.

Sonriendo con repugnante sadismo, la mujer llegó ante el coche y abrió de golpe la portezuela. Uno de los tres ocupantes, que debía de estar recostado sobre ella, cayó a la carretera, muerto. El segundo yacía con la cabeza inclinada plácidamente contra el respaldo del asiento. Una de las balas le había alcanzado el corazón; parecía dormido. El tercero, Spreatfield, malherido, sonrió a la mujer con cierto terror en los ojos.

—Esto no fué lo convenido, Dorothy. Quedasteis en que nos aprisionaríais (a mí también, para evitar sospechas), pero no que nos asesinaríais a mansalva. ¡Qué caros cuestan tus besos!

—¿Qué te habías creído, viejo verde? ¿Que me había enamorado de ti? ¡Puaf! Dorothy Laford no se enamora de nadie, cuanto menos de un cerdo como tú.

—Mala eres, Dorothy. Sanguinaria y cruel. Tarde lo reconozco; pero me alegro de morir. Estuve ciego y mi muerte hace desaparecer mi ceguera y me libra del deshonor. Gracias por el favor que me haces, Dorothy. Pero no olvides que hay Dios en el Cielo y justicia en la Tierra. Los malos seréis barridos. Tú morirás, Dorothy, porque eres mala.

El tono profético con que el hombre gordo había hablado acabó en un profundo estertor. Rindió la cabeza sobre el amplio vientre y cerró los ojos, respirando con dificultad.

Dorothy levantó la pistola a la altura de la frente del pensador, de aquel político que, en un momento de debilidad, había traicionado su conciencia y a sus compañeros. En los ojos de la

joven ardía una llamita siniestra, espeluznante Afinó bien la puntería, gozándose en aquellos segundos, y luego disparó. Spreatfield se estiró un segundo y enseguida quedó inmóvil. En aquel mismo instante, los compañeros enmascarados de la joven la avisaban de que un coche venía por la carretera a toda velocidad.

Corrieron todos en dirección al bosquecillo donde el suyo los esperaba con el motor puesto en marcha. Dorothy Laford quiso seguirlos, pero creyó ver que Johnson Rowley se movía y levantó el arma una vez más, dispuesta a hacer lo propio que con Spreatfield. Un disparo seco, trágico, y la joven se encogió sobre sí misma. No la había dado tiempo a disparar.

Por debajo del brazo del prohombre político salía un hilillo de humo. Tumbado como estaba, herido como se sentía, había vuelto en sí y logrado sacar su pistola. Nebulosamente, había visto huir a los pistoleros, y después, parada frente a él, a la joven. Comprendió que le había sorprendido moviéndose y que lo iba a rematar e hizo fuego desde tan difícil posición, aunque con pocas esperanzas de conseguir un blanco. No obstante, lo había conseguido, y podía de nuevo dejarse vencer por la debilidad, que volvía a apoderarse de su cuerpo, después de una momentánea recuperación de energías.

El automóvil avistado por los asesinos se echaba encima a setenta millas por hora.

Al ruido del disparo hecho por el prohombre político, los que huían volvieron la cabeza a tiempo de ver caer a Dorothy, herida de muerte. Con una dura imprecación, el jefe ordenó su recogida y él mismo dio el ejemplo dejando de correr. Pero el vehículo venía tan embalado, que en un par de segundos lo tendrían sobre ellos. El «boss» se desdijo de su orden anterior, dando otras nuevas:

—¡Atrás! ¡Embosquémonos! ¡Luchemos! No podemos dejar abandonada a Dorothy. Sería una pista demasiado buena para la Policía.

No habían conseguido los «gangsters» aún su objeto, cuando el vehículo paró con un largo quejido de sus frenos. El primero que se lanzó a tierra fué Roderick Arnold seguido de cerca por el sargento de la Policía Metropolitana y sus agentes. Roderick señaló el grupo de árboles.

—Por allí —dijo—. Vosotros dos, auxiliad a les heridos, si los hay. Los demás que me sigan, desplegados en abanico.

Saltó la cuneta; los agentes siguieron su ejemplo y todos avanzaron en zigzag hacia el bosquecillo. Una ráfaga de ametralladoras los cortó el paso. Algunos sintieron en sus carnes la candente mordedura de las balas. Otros, en cabeza siempre Roderick, consiguieron arrojar a tierra a una voz de mando de éste, pegándose como lapas a los accidentes del terreno.

—¡Fuego! ¡Fuego! —ordenaba el inspector del

F. B. I.

Y el sargento, enardecido, repetía sus palabras:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Los subordinados se animaban unos a otros:

—¡Vamos por ellos!

—Que no se nos escapen.

Las metralletas de la Policía dejaron oír su tétrica voz. Y, asimismo, las pistolas que empuñaban Roderick y el sargento. Algunos arbustos más débiles cayeron segados y se escucharon ayes entre la espesura.

—¡Adelante! ¡Adelante! —repitieron entre sí los agentes, ante la nueva orden de avance del inspector.

Un tanto inclinados hacia tierra, en ese gesto peculiar del soldado para hacerse menos visible al enemigo, todos siguieron al joven Arnold.

—¡Vamos! ¡Va...!

La voz del sargento se quebró. Un borbotón de sangre caliente se escapó de su cuello, atravesado por un proyectil. El inspector del

F. B. I.,

después de cerciorarse de que había muerto, siguió avanzando hasta conseguir, con los agentes, coronar la pequeña loma en que crecían los árboles.

Unas nuevas ráfagas los saludaron, pero esta vez con peor fortuna. Roderick y sus hombres contestaron, siguiendo su avance, medio a rastras.

Los disparos de una y otra parte se sucedían de tal forma, que a veces se confundían.

Uno de los agentes sintióse malherido por algunos impactos incrustados en el vientre, y tuvo una decisión heroica. Aprovechando sus últimas escasas energías se incorporó, manteniendo como mejor pudo pegada a su costado la mortífera

metralleta, y comenzó a correr, tambaleante, en dirección al enemigo, precedido siempre por las ráfagas sostenidas de su arma y de las de sus compañeros.

Consignó dar una docena de pasos, y algunos gritos de agonía le anunciaron que su muerte quedaba sobradamente vengada. Puso el moribundo en su acción tanta voluntad de vencer, que, pese a que un par de balas más se alojaron en su cuerpo, consiguió tomar contacto con los pistoleros.

Y parecía tan seguro, tan firme, tan arraigados a la tierra sus pies, tan invulnerable, en fin, que los «gangsters» supervivientes enmudecieron de terror, con un silencio supersticioso.

Fué como si el agente hubiera estado esperando aquello para morir. Su metralleta se le escapó suavemente de las manos; quiso sostenerse en un árbol, pero este árbol comenzó a desdibujarse ante sus ojos, a tornarse borroso, a vacilar y a moverse como en una pesadilla de neurastenia. Alargó las manos, pero no lo alcanzó; su cuerpo cayó a tierra pesadamente.

Ocurrir esto y volver los pistoleros a dar señales de vida todo fué uno. Mas los compañeros del caído, que le habían envuelto en una mirada húmeda y admirada, no se dejaron sorprender. Ni tampoco Roderick, que había musitado para sí:

«Con hombres así se puede ir a cualquier parte.»

La lucha entre los «gangsters» y la Policía se reanudó con mayor intensidad, si cabe. Los agentes, el mismo inspector del

F. B. I.,

atacaban ahora; con verdaderas ansias de vengar a sus muertos. En vista de lo cual, los asesinos volvieron a ser presas del pánico y huyeron en dirección al automóvil. Y enseguida, el vehículo partió, campo a través, en busca, de la carretera, entre una cegadora nube de polvo.

—Es inútil perseguirlos. No los alcanzaremos.

Se cercioraron de que sus compañeros caídos, estaban efectivamente muertos, y después examinaron a los enemigos, arrancándoles del rostro el pañuelo con que se cubrían. Todos ellos estaban tan muertos como el agente y el sargento, y algunos con el rostro desfigurado de tal forma, que era punto menos que imposible reconocerles a simple vista.

—Maleantes habituales, tipos de «gang», que más de una vez

habrán estado en manos de la Justicia y se habrá visto ésta obligada a soltarlos por falta de pruebas. ¡Falta de pruebas! ¡Qué palabra tan sin sentido a veces! ¡Y qué lástima que esto que ha sucedido hoy no hubiera sucedido en la primera ocasión que la ley se topó con ellos o, mejor dicho, que ellos se toparon con la ley!

De regreso a la carretera —durante el camino recogieron a los agentes heridos—, lo primero que el inspector del

F. B. I.,

pudo comprobar fué que Johnson Rowley no había muerto, como en el primer momento habían supuesto, aunque se encontraba malherido. El chofer, por su parte, pese a estar lleno de sangre, no tenía el menor rasguño.

—A mí no me alcanzaron ninguno de los disparos —explicó—; pues el señor Johnson, al ser herido, cayó sobre mí y yo tuve el buen acuerdo de hacerme el muerto. Por cierto, que escuché una conversación, bastante sustanciosa entre esa «señorita» y el señor Spreatfield.

—¿De qué se trata? —preguntó el inspector del

F. B. I.,

que se encontraba, profundamente conmovido ante el trágico cuadro de la cura de heridos y aquella terrible mortandad.

—El señor Spreatfield sabía que nos atacarían. Él se «chivó» del itinerario que habíamos de llevar. Parece ser que la joven, a la que llamó Dorothy, le tenía metido en el bolsillo.

Durante la refriega, algunos automóviles habían ido llegando al lugar del incidente y parándose allí. Señoritas, damas y caballeros se habían apeado y se ofrecían a Roderick Arnold para lo que fuera menester. Éste escogió una enfermera de oficio y la rogó asistiera y curara a Johnson Rowley.



Se acercó al cadáver de Dorothy.

Mientras tanto, él se acercó al cadáver de Dorothy Laford, levantó el impermeable que la cubría y una sonrisa amarga asomó a sus labios al reconocerla, al ver aquel rostro de cera, bellísimo ahora que las pasiones no le deformaban; sereno, inalterable, con una serenidad casi absurda, teniendo en cuenta la vida agitada que

la cantante de «*music-hall*» había llevado hasta entonces.



MADRE:

Ha salido

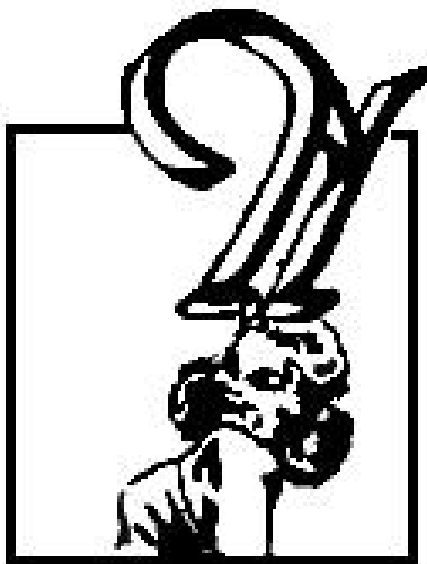
AVENTURAS DEL F. B. I.

¡DIBUJOS DE UN GRAN MAESTRO!

¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!

PRECIO: ¡1.25 ptas.!

III



O! ¡No! ¡No! ¡Esto es absurdo, intolerable! ¡Chicago hace tiempo que dejó de ser un sindicato organizado del crimen! ¡Están ya lejos los días de Al Capone y de la ley seca! Éstos son otros tiempos, y le digo, inspector Arnold que no se desafía impunemente a la Justicia.

El Inspector efe del
F. B. I.,

en Chicago, Douglas Lee, hombre como de cincuenta años, canoso, pero lleno aún de energía, descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa para dar más imperio a sus palabras.

Estaban en torno suyo, además del inspector ayudante Roderick Arnold, todos los agentes especiales adscritos a su departamento. Antes de que nadie pudiera hablar, prosiguió, cada vez más alterado:

—¡Inaudito! ¡Sí, Inaudito! Yo sabía que el «gangsterismo» sobrevivía en la ciudad, pero no pensé que estuviera organizado de tal forma. No ignoraba que algún «gang» cobraba buenas sumas por «proteger» a débiles comerciantes, que existe el juego clandestino, que los «tragaperras» son prohibidos o autorizados por nuestros gobernantes, según la conveniencia de los propios interesados, que presionan a unos y a otros, llegado el caso, hasta conseguir su propósito. Sé que, a veces, la multitud ha asaltado establecimientos donde había colocados armatostes de ésos y les han deshecho a martillazos. Y sé que el resultado ha sido que, seguida la consiguiente información, se ha descubierto que la consigna había partido precisamente de los mismos fabricantes, quienes tenían demasiado material disponible y querían lanzarlo al mercado.

Hizo una breve pausa y volvió a descargar su puño sobre el tablero de la mesa. Esta vez, el cenicero saltó como impulsado por una catapulta. El más joven de los agentes lo recogió, lo puso de nuevo en su sirio y escuchó cómo su Jefe proseguía:

—Todo eso sabía; pero esto es algo mucho más serio. Algo que yo no esperaba, pese a cuánto os he dicho. La muerte de esos tres prohombres de la oposición, el cobarde asesinato de los ciudadanos que encabezaban la manifestación de la Staten Street, quiere decir que ha dado comienzo un régimen de terror, el régimen de terror que ya existía en potencia, y que tanto nosotros como nuestros colegas de la Policía Metropolitana nos negábamos a ver. La traición de Spreatfield, de la que el chofer nos ha hablado, y que yo por mi parte, ni creo ni dejo de creer todavía, quiere decir que, cuando Johnson Rowley hablaba como lo hacía, tenía razón.

—Claro que la tenía, inspector Lee. Es lo que le estoy diciendo. Cuentan con cómplices en todas partes. La vida de esta ciudad está mucho más corrompida que lo que nosotros nos imaginábamos. Nadie se atreve a acusar a nadie por miedo a las represalias.

—¡Inaudito! ¡Inaudito! Pero creo que tienen razón.

El inspector del

F. B. I.,

Douglas Lee, era un buen talento organizador y directivo; pero tenía un defecto, que venía a paliar todas sus buenas cualidades: su lentitud de visión. No hacía nada sin meditar muy bien, por lo que resultaba premioso.

Debido a esto, sus superiores le habían enviado como ayudante a Roderick Arnold, recién ascendido, que era su contrapeso. Iniciativa rápida, acción desconcertante. Pertenecían ambos al mismo Cuerpo y, sin embargo, sus métodos resultaban antagónicos, no parecían salidos de la misma escuela. Claro que esto no es de extrañar, pues el régimen interior de la Academia de Quántico ha cambiado mucho en los últimos veinte años.

Nadie había osado interrumpir la perorata del inspector-jefe hasta que Roderick lo hizo, y aquél le había dado a éste la razón. Animado por esto, Arnold prosiguió:

—No creo que sea tan inaudito, jefe. Se veía venir. Antes que el señor Johnson levantara a las gentes de orden contra los maleantes, yo había comprendido que, más tarde o más temprano, esto había de llegar. Y ha llegado, y debemos congratularnos de ello. Caiga quien caiga, la ciudad recibirá como una lluvia de fuego purificador. La ciudad ganará, y nosotros estamos aquí al servicio de la ciudad. Por eso digo que debemos congratularnos. Es cierto que parece haberse manifestado desde hace sólo unas horas el régimen de terror potencial que nosotros nos negábamos a ver; pero tampoco es menos cierto que nuestra organización es esencialmente una fuerza de choque, de acción, y que sabemos emplear la pistola siempre que llega el caso.

Por si Douglas Lee quería contradecirle, Roderick Arnold hizo una breve pausa. Pero el primero se limitó a animarle a proseguir, mientras se acariciaba la barbilla con gesto dubitativo.

—Esto que se ha iniciado hoy es una guerra sin cuartel. No podemos pararnos en investigaciones tontas, lentas y pesadas, que no nos conducirán a ninguna parte. Si detenemos a éste, a aquél, o a aquel otro, correremos el riesgo de hacer el ridículo, viéndonos obligados a soltarle «por falta de pruebas». Muchos conocen a los cabecillas, pero nadie, hoy por hoy, se atreve a delatarlos. Día llegará, sin embargo, en que, en vista de que nuestra protección no es mera teoría, los hombres de orden, los mismos que en estos momentos se dejan «chantajear» sin levantar la voz, vendrán a nosotros y nos los señalarán, y se sentirán dispuestos a sostener sus acusaciones ante el tribunal competente. Ahora es todavía temprano, y no se deben pedir peras al olmo.

El inspector jefe seguía rascándose la barbilla. Sin dejar de

hacerlo, preguntó a su ayudante «dónde quería ir a parar».

—Es muy sencillo —respondió Roderick—. Dejemos a la Policía Metropolitana la parte «técnica» del asunto. Nosotros vayamos directamente a su corazón. Hoy sabemos, por ejemplo, que Dorothy Laford trabajaba como animadora en The Transatlantic [2]; pero no por eso podemos detener al dueño de éste. El diría, y con razón, que, en sus horas libres, sus empleados pueden hacer lo que les venga en gana.

—Sí, sí; continúa.

—Bien es verdad que nosotros sospechamos que entre Dorothy y Fredmay, las relaciones eran más íntimas que las corrientes entre el dueño de un local de diversión y su cantante; mas tampoco podemos probárselo, y, en caso de poder, el que ellos estuvieran enamorados no significaría en modo alguno motivo para detenerle. Que el dueño de The Transatlantic tiene algo que ver con todo este barullo, todos estamos de acuerdo; pero nada se le puede probar. En cambio, si ya que las cosas han llegado a este punto, sabemos aprovecharnos de la situación, más pronto o más tarde se descubrirá él mismo y el momento habrá llegado.

—¿Qué es lo que aconsejas, Roderick Arnold?

—Escuche, inspector: en las últimas horas, casi una docena de maleantes ha perdido la vida contra, aproximadamente, el mismo número de víctimas entre la gente de orden, pobres víctimas indefensas. Lo que yo no aconsejo, sino que sugiero, es la acción directa. Nada de pruebas para un enjuiciamiento criminal. Cerciorarse, sí; hasta que no quepa la menor duda moral de quiénes son los culpables. Luego, incitarles, provocarles, hasta hacerlos estallar, y que caiga el menos rápido manejando los revólveres. Si son ellos, «defensa propia» será nuestra disculpa. Si es uno de nosotros, ahí está la prueba, mejor dicho, el motivo, para prenderlos y hacerlos sentar en la silla eléctrica.

—Es muy arriesgado, Roderick; arriesgadísimo.

—Acción directa, jefe. El criminal es cobarde por naturaleza. En cuanto vea que unos cuantos cabecillas muerden el polvo, los demás, estoy seguro, no esperarán a que les ocurra lo mismo. Comprenderán que los aires de Chicago no les sientan, y pondrán tierra de por medio.

—Pero estaremos en las mismas. Dondequiera que vayan,

continuarán haciendo de las suyas.

—No importa. Lo primordial en este momento es desorganizarlos. Una vez conseguido nuestro propósito, Chicago quedará libre, y ellos irán cayendo, uno por uno. No habrá, entonces, más que dar tiempo al tiempo. Su desarticulación les costará cara. Por eso digo que lo principal, ahora, para nosotros, es desorganizarles. La unión hace la fuerza y ellos están unidos. Si nosotros conseguimos desunirlos, su desaparición, su exterminio total, vendrá luego por añadidura.

El inspector-jefe se levantó del asiento e hizo un gesto a sus subordinados para que siguieran sentados. Se paseó unos segundos por la estancia, murmurando:

—Peligrosísimo, peligrosísimo...

Ninguno de los agentes especiales había despegado aún los labios. Por fin, Dick Bailey, el más joven de todos, un chico rubio, deportista cien por cien, recién salido de la Academia, se decidió a apoyar a Roderick:

—Algo tenemos que hacer, jefe —dijo—; y nada mejor para acabar cuanto antes que lo que el inspector Arnold propone.

Alentados por estas palabras, los otros intervinieron a su vez.

—Si no iniciamos esa acción directa que el inspector Roderick solicita, la resolución de este problema se hará cada vez más espinosa. A la larga, será peor andar con contemplaciones porque ellos se crecerán, el pánico cundirá entre los ciudadanos honrados y llegará un momento en que todo Chicago se verá metido en un puño.

—Tenemos que aprovechar estos instantes, en que aún existe un sector de gentes dispuestas a no dejarse atropellar. A los otros, los timoratos e infelices que están ya en manos de los «gangsters», los salvaremos aun en contra de su voluntad.

—Acción directa, y se acabó —insistió Bailey—. Nosotros no ignoramos, por ejemplo, que hay muchos «boss» que planean los asuntos y no intervienen para nada en ellos personalmente, que nunca llevan armas, que matan en la sombra, pero que es difícilísimo probárselo, por no decir imposible. Con la acción directa, éstos tendrán que empuñar las armas, y debemos procurar ser los más rápidos.

—Ya lo ve, jefe —intervino de nuevo Roderick—. Los

muchachos han comprendido mi punto de vista.

—Sí, sí —contestó, aún dubitativo, el inspector Lee—. Y yo, también; pero es peligroso, peligrosísimo.

Repitió tanto la palabra peligro, que Roderick Arnold tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar. Buscando el tono de voz más suave, dijo:

—Esto no es una asociación de niñeras; usted lo sabe mejor que nadie, sino del

F. B. I.

Diciendo

F. B. I.,

se ha dicho todo. Estas tres siglas encierran lo que hay de más hermoso en el mundo; el sacrificio, la abnegación, la entrega total de la vida... No obstante, le aseguro que lo que yo propongo no requiere tanto. Será una pura añagaza para hacerlos caer a ellos. Nosotros estaremos en condiciones de disparar al menor síntoma de agresión, porque iremos preparados y sobre aviso. Quizá esto no sea muy noble; pero la guerra es la guerra. Y esta que ellos han iniciado es una guerra aún peor que todas.

—Una guerra sin cuartel —cortó el inspector-jefe con cierta amargura.

—Aquí no se trata de soldados contra soldados, cuyos derechos y deberes son los mismos. Nosotros somos la ley, y ellos son unos asesinos. No debemos guardarles muchas consideraciones, ni tener grandes escrúpulos de conciencia.

—Tendré que pensarlo... Lo pensaré.

Roderick Arnold sentía hervirle la sangre. A los agentes especiales les sucedía lo propio. Aquel forcejeo les estaba sacando de quicio.

—Me tomaré esta noche para meditar. Os prometo que mañana por la mañana tendréis la contestación apetecida.

Roderick Arnold y los demás sonrieron. Habían comprendido lo que aquel plazo significaba. Ahora mismo, en cuanto ellos salieran de aquel despacho, el inspector Lee se pondría al habla con Washington, exponiendo el plan de Roderick como suyo. Los de allá le harían, probablemente, las mismas objeciones que él había hecho a sus subordinados, pero Douglas Lee lo defendería aún con más calor que sus muchachos lo habían hecho ante él, hasta conseguir,

el no una plena aprobación, al menos, mano libre para trabajar a su gusto.

—De acuerdo, Jefe. Esperaremos a mañana —dijo Roderick—; pero sin dejar de trabajar. Dick Bailey me acompañará a interrogar al herido al hospital donde lo han escayolado. Luego, visitaremos al político, por si estuviera en situación de hablar. Tanto uno como otro, quizá puedan facilitarnos algunos datos interesantes.

Roderick fué interrumpido por un repiqueteo insistente del timbre del teléfono. Lo tomó, preguntó por quién llamaban, y enseguida pasó el auricular al inspector-jefe.

—Es para usted, inspector Lee.

Éste cogió el aparato y estuvo escuchando durante breves minutos. En el intervalo que duró la conversación telefónica, un color se le iba y otro se le venía. Su voz temblaba ligeramente cuando se volvió a Roderick.

—Creo que no voy a esperar a mañana para daros una contestación. Presentaremos a Washington hechos consumados. Me siento incapaz de aguantar toda una noche en la inacción. Prefiero la lucha, siempre la prefería, como buen soldado, a los preliminares de ella.

—¿Qué ha sucedido, jefe?

—Hay que obrar inmediatamente. Me acaban de comunicar desde el hospital que al «gángster» herido por ti lo han amenazado de muerte. El hombre está asustado; no permite que los médicos o enfermeros se separen de él. Se cansa a repetir que sus jefes tienen cómplices en todas partes, y tiembla cada vez que una persona desconocida se acerca a él. No descansa ni vive, y creo que será el momento de interrogarle. En su estado de ánimo, será fácil sacarle muchas cosas.

—¿Lo han amenazado de muerte? Y ¿por qué? ¿Temen, quizá, que hable?

—Al contrario. Piensan que ha hablado ya. Nadie más que tú y nosotros sabemos que la confidencia sobre el atentado a los prohombres políticos vino de un moribundo. Ellos creen que ha sido ese superviviente. Por eso van por él, y me temo que no lleguemos a tiempo. ¡Lástima de minutos que hemos perdido discutiendo!

—Tal vez nuestros colegas de la Metropolitana hayan operado con más rapidez que nosotros.

Roderick dijo eso con sorna, y logró que su jefe se picara. Con un bufido, Douglas Lee se puso el impermeable y el sombrero, rogó a los agentes que esperaran allí su vuelta, y se hizo acompañar por el joven inspector ayudante.

Su coche —un «Ford» último modelo— le esperaba a la puerta. Lo puso en marcha, e iba a arrancar, cuando oyeron a un vendedor de periódicos vocear la siguiente noticia:

—¡El dueño de The Transatlantic arrestado por la Policía!

—Ya ves que dabas demasiada importancia a los de la Metropolitana, Roderick —comentó el inspector Lee—. Ahí se llevarán una buena plancha. Y conste que no es cosa mía. Tú lo has dicho antes.

—Desde luego. No podrán probarle nada. Tendrán que dejarle en libertad, con el consiguiente descrédito para ellos.

El hospital en que el «gángster» había sido alojado se encontraba enclavado en la avenida Michigan, en las cercanías de la estación del ferrocarril a Illinois, en la manzana comprendida entre las calles 12 y 13, con magníficas vistas al lago de aquel nombre.

Estaba anocheciendo cuando llevaron ante él. Se oían pitidos de trenes, zumbidos de canoas, bocinas de automóviles; todo en una barahúnda de estridencias capaces de enloquecer a cualquiera. Realmente, el fundador del hospital había tenido una idea poco genial al levantarte en aquel sitio.

Ambos inspectores saltaron del «Ford», transpusieron en silencio el umbral y recorrieron algunos pasillos guiados por un enfermero de blanca bata.

El director del benemérito establecimiento los recibió con almibarada amabilidad en su despacho. Sabedor de lo que se trataba, él mismo los condujo a la habitación reservada para el herido.

—Hace poco más de una hora que acabamos de escayolarle el brazo y ponerle el aparato de alambre para que lo tenga sujeto. Ha sufrido mucho, y ahora creo que está descansando. Al menos, eso me ha dicho el enfermero encargado de su cuidado.

—¿Está más tranquilo?

—Parece que sí; su terror no ha debido de ser más que cosa de nervios.

Ante la puerta del cuarto ocupado por el pistolero, el director de

la enfermería batió por pura fórmula con los nudillos, al mismo tiempo que daba vuelta al pestillo y entraba sin esperar respuesta. Una vez dentro los tres, el director volvió a cerrar, y se dirigió hacia el lecho.

La luz estaba encendida y nada anormal se descubría en la estancia. Sin embargo, los corazones de Roderick y de su superior saltaron. Aquel silencio, aquella paz, no les auguraban nada bueno.

Y así era, en efecto. El doctor se había inclinado sobre el «gángster» y comprobaba con rapidez que ya no alentaba.

—Este hombre está muerto —dijo—. Absolutamente muerto. ¡Es extraño! —agregó, meditabundo.

—Nada de extraño, señor director. Es la cosa más natural del mundo. Usted es un hombre sano, relativamente joven y muy fuerte; pero estoy seguro que si le meten este bisturí en la nuca, como a él, usted también moriría.

—¿Cómo?

—¡Este hombre ha sido asesinado!

El inspector jefe comprobó enseguida lo que Roderick había dicho.

—¡Diantre! —exclamó—. Limpia puñalada. Lo han dado el cachetero como a cualquier novillo de los muchos que en Chicago matan diariamente. Llame a un enfermero y que venga provisto de algodones y gasas. Voy a quitarle ese bisturí, y no conviene dejar que la sangre corra sobre las almohadas.

Hecho lo que el Inspector Lee decía, éste envolvió el cuerpo del delito en su pañuelo y se lo guardó en el bolsillo.

—Es fácil que el arma haya sido usada con guantes, pero tampoco es imposible que hallemos en ella huellas de dedos que nos den una pista.

—¿Piensan hacer una investigación aquí?

—Por simple fórmula, director; no se preocupe.

Aunque sin grandes esperanzas de encontrar una pista valiosa, ambos hombres del

F. B. I.,

por separado, iniciaron una serie de interrogatorios que, como ellos sospechaban, no les condujeron a ninguna parte. Cualquiera de los médicos, enfermeros o enfermeras, podía haber sido el asesino. El policía que hacía guardia frente a la puerta del herido no supo

añadir nada nuevo a la encuesta. Según él, por allí habían entrado y salido varias personas adscritas al hospital; pero, aparte de esto, había otras puertas que comunicaban directamente con la habitación del pistolero. Quien le había matado, muy bien podía haber entrado por una de éstas. Del quirófano había desaparecido el bisturí, pero cualquiera de los designados, e incluso el mismo director, podía haber entrado en él y haberlo sustraído de la vitrina de cristales en que se encontraba guardado.

—Bueno —dijo, con un suspiro, el inspector-jefe a Roderick cuando hubieron acabado su faena—. Veo que tu visión del panorama era exacta, de una exactitud asombrosa. Los «gangsters» quieren vencer por el terror, y nada los detiene; ni siquiera las paredes de un hospital. Tienen cómplices en todas partes. Jamás podremos saber quiénes son amigos nuestros y quiénes nos traicionarán.

—No confiemos en nadie, jefe. Sólo en nosotros mismos, y esperemos a ver cómo reacciona mañana la población, qué hace o qué dice el gobernador. Mientras tanto, déjeme obrar a mí. Usted vuelva al despacho y envíeme a Dick Bailey. Puede decirle que se dirija al hospital Clijton. Es donde está Johnson Rowley. Veré de interrogarle, de saber cómo piensa. Si ha cambiado de opinión o si sigue decidido a continuar adelante. Su herida era grave, pero, después de la operación, como usted sabe, esa gravedad ha disminuido. Recuerde que eso es, al menos, lo que nos han dicho cuando hemos preguntado por él.

—Convendría que le pongamos guardias de vista. La vida de ese hombre corre también peligro y hemos de salvarle. Nos interesa que viva. Él será el instrumento de que nos serviremos para mantener los ánimos exaltados. Tú dijiste bien hace poco. Esto es una guerra sin cuartel, cuya solución no puede buscarse en fórmulas corrientes. Hay que morir y matar. Nuestro campo de acción, en cuanto nos hayamos puesto de acuerdo con Johnson, será The Transatlantic.

—No tarde en enviarme a Bailey. Yo iré andando al hospital, pues queda a cuatro pasos de aquí.

—Te mandaré además otro par de muchachos para que hagan centinela, Roderick.

—De acuerdo, jefe. Y déjeme hacer a mí. No se preocupe. Esto es demasiado serio; pero saldremos con bien de todo. Ya lo verá, jefe

—concluyó Roderick, cuando ya el inspector Lee había subido al automóvil.

—¡Que Dios te oiga, Roderick! Yo ya estoy viejo y cansado para estos trotes. Aún podría dar juego en comisiones ordinarias, pero esto es demasiado para mí. Tengo la impresión de que será mi último servicio al

F. B. I.

—No sea usted pesimista. Y buenas noches. No se olvide de dar prisa a Bailey. Que no se duerma.

Roderick dijo adiós con la mano a su superior e inició la marcha. De pronto, un terrible estruendo, atronó sus oídos. Una fuerza extraña le arrojó contra las losas de la acera. En varias partes del cuerpo percibió algo así como si le hubieran clavado grandes agujas. Una nube de humo le envolvía y cegaba.

En principio no alcanzó a comprender lo que había pasado; pero pronto se dio cuenta de la tragedia.

Se incorporó trabajosamente y se acercó renqueante a lo que había sido el flamante «Ford». De él no quedaba más que un armazón retorcido, esqueleto de chatarra, que jamás volvería a tener vida. Y en la acera, a un par de yardas del vehículo, el cuerpo del inspector Douglas Lee, horriblemente mutilado.

Roderick Arnold se inclinó sobre el cadáver, y una lágrima ardiente quemó sus mejillas al comprobar que ya nunca más volvería a escuchar la voz de aquel hombre bueno, que hacía poco parecía intuir su triste final.

Roderick, ante el cuerpo destrozado del que había sido su superior, perdió la noción del tiempo y olvidó sus propias heridas.

Hasta que notó que una mano se posaba sobre su hombro, no levantó la cabeza. Y cuando lo hizo sintió algo así como un aviso de su subconsciente, una repulsión infinita hacia el hombre que se recortaba ante sus ojos sobre un fondo de batas blancas.

Miró, uno por uno, al director, a los doctores, enfermeros y enfermeras, clavando detenidamente en cada uno sus ojos extraviados.

Estaba fuera de sí, y su dedo, largo y acusador, los fué señalando con tremenda furia.

—¡Atrás todos! No os acerquéis a mí ni a este cadáver. ¡Hipócritas! Uno o varios de entre vosotros es el culpable, y juro

que pagará caro su crimen.

Era tal el furor empleado por Roderick, que todos retrocedieron. Sólo el director intentó calmarle. Mas los ojos taladrantes del joven Inspector del

F. B. I.,

se posaron en él con más insistencia que en los demás.

—¡Atrás usted también! ¡Puede que usted sea el cobarde asesino! ¡Puede que usted haya matado al pistolero, y puede que usted haya colocado esa maldita bomba en el coche del inspector! ¡Sí, puede que haya sido usted, y puede que yo no tarde mucho en descubrirlo!

En torno al lugar del incidente había ido conglomerándose gran cantidad de curiosos. La noche, de otoño, era bella aún, y la calle estaba muy concurrida. Se habían acercado unos cuantos agentes uniformados y mantenían a la gente un tanto alejada del cadáver del inspector Lee. Uno de ellos intentó contener al joven, y éste, pasado su ataque de nervios, comprendió el espectáculo que estaba dando, y calló, volviendo a acercarse al muerto.

Llegó entonces el Juzgado de Instrucción, mandado llamar, precisamente por aquel que ya no podía hablar, para que se hiciera cargo del cadáver del «gángster»; el forense percibió enseguida el lamentable estado en que Roderick Arnold se encontraba.

—Pase usted con nosotros al hospital —le dijo, una vez que hubieron comprobado su identidad—. Será menester hacerle una cura de urgencia.

Roderick, todavía no calmado del todo, se revolvió con iracundia.

—¡Nunca, doctor! —replicó—. ¡Ese hospital es un nido de traidores y asesinos! ¡Un nido de víboras que algún día aplastaré!



Por 1,25 pesetas

**LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:**

**Un cuaderno de
AVENTURAS DEL F. B. I.**

IV



director del
F. B. I.,

OHN Edgar Hoover, el

vino de ex profeso de Washington para asistir al entierro del inspector-jefe de la filial de Chicago. Desde su llegada, todo el mundo en la capital, tanto criminales como gente de orden, estuvieron esperando una ofensiva, y muchos de los primeros empezaron a «chaquetear» en vista de cómo se ponían las cosas.

La primera providencia de Hoover, apenas llegado, fué declarar que venía decidido a que los culpables de aquel estado de cosas lo pagaran caro. Luego, cuando el inspector Douglas Lee fué enterrado envuelto en la bandera nacional, junto con el sargento de la Policía metropolitana, Edgar Hoover se hizo acompañar a la clínica en que Roderick Arnold se encontraba y mantuvo a solas con él una larga y

sustanciosa conversación.

—¿Cómo se explica usted el atentado, Roderick? —Fué la primera pregunta del director del

F. B. I.,

tras haberse interesado de cómo iban sus heridas.

—Ya nos hemos preocupado de eso. Nuestros técnicos han investigado sobre el terreno y han llegado a la conclusión de que el accidente fué provocado por una bomba adosada a la puesta en marcha del automóvil del inspector Lee. Así, cuando éste intentó avanzar...

—Seguramente estáis en lo cierto. Pero, para colocarla, el asesino o asesinos necesitaron mucho tiempo. ¿Cómo explicar este otro punto?

—Muy sencillo. El inspector Lee y yo estuvimos dentro del hospital, dedicados a investigar el asesinato del «gángster» prisionero herido, cerca de hora y media. Durante ese tiempo, cualquiera tuvo ocasión de colocarla. Desde el primer momento yo sospeché que el atentado había provenido del interior del hospital y las investigaciones efectuadas por nuestros agentes así lo atestiguan. Según una vecina, ella vio manipular en el motor a uno de los enfermeros o doctores. Había poca luz para identificarle, pero está segura de que vestía una bata blanca, salió del hospital y volvió a él.

El director del

F. B. I.,

paseó por la estancia, en silencio, durante unos segundos. Al fin se paró y preguntó a Roderick si esperaba que sus heridas le permitieran pronto incorporarse a su trabajo, a lo que el joven, respondió que a lo sumo un par de semanas.

—¿Tiene usted trazado ya un plan de acción?

—Desde luego —dijo Arnold, un poco cohibido, pues esperaba que a su jefe no le agradaría aquél—. El inspector Lee, nuestros agentes especiales y yo habíamos llegado a un acuerdo en ese sentido la noche del atentado. El régimen de terror que intentaban implantar en Chicago los fuera de la ley, nos impulsó a asirnos a una solución extrema. Claro está que todavía estamos a tiempo de rectificar, si a usted no le parece bien. De todos modos —mintió con descaro Roderick, pues su pensamiento en ese sentido se había

limitado a que presentarían hechos consumados y no el esquema de su proyecto—, pensábamos poner en antecedentes al Estado Mayor.

—¿Qué plan es éste?

—Demasiado radical, jefe. No sé si... —dudó un segundo y, sacando fuerzas de flaqueza, se decidió—. Tratábamos de darles la batalla por sus mismos procedimientos.

John Edgar Hoover comprendió lo que le ocurría al joven inspector y sonrió para sí. Fingió impacientarse.

—¡Basta de rodeos, Roderick Arnold! Estoy tratando de saber en qué consiste su plan.

Llegadas las cosas a este extremo, Roderick no tuvo más remedio que hablar claro. El inspector del

F. B. I.,

escuchó pacientemente, sin interrumpirle, la larga exposición de su subordinado. Éste se hallaba intranquilo, temeroso de que su superior no aprobara aquella idea que ahora se le antojaba, efectivamente, demasiado radical.

Cuando hubo acabado, esperó impaciente a que Hoover hablara. Éste, antes de hacerlo, meditó lo que acababa de escuchar. Sin duda trataba de representarse en la práctica aquello que le acababan de exponer en teoría. Roderick sentíase sobre ascuas; su frente se iba pealando de sudor y su rastro se desencajaba.

—En cualquier otro lugar y ocasión —dijo al fin el director del F. B. I.

—ese proyecto sería un desatino. Pero aquí, en Chicago, y como se han puesto las cosas, hay que cortar por lo sano. No se asuste, Roderick. En conjunto, su plan es excelente. Siempre se ha dicho: «a grandes males, grandes remedios». Creo que tanto el inspector Lee, los agentes a su mando y usted sobre todo, se habían percatado certeramente de la gravedad de la situación. Sólo hay un modo de que este estado de cosas no prospere, y es el que usted me acaba de explicar. Póngase pronto bueno, y manos a la obra. Mientras tanto, yo, personalmente, me encargaré de las indagaciones; hay que detener al culpable o culpables de la muerte del inspector Douglas Lee. Espero ser digno de vosotros, de usted en especial, Roderick —dijo con cierta ironía, no exenta de gravedad, el director del F. B. I.

—Gracias —pudo apenas balbucir el joven.

A John Edgar Hoover le esperaban en el vestíbulo un par de sus

ayudantes. Acompañado por éstos, se dirigió a las oficinas del F. B. I.,

y ocupó el despacho que hasta hacía poco había pertenecido al inspector Lee. Una vez allí congregó en torno suyo a todo el personal disponible en aquel momento y les dio a conocer sus intenciones.

—Por ahora queda en suspenso el plan de acción ideado por el inspector Douglas Lee, mejor dicho, por el inspector Roderick Arnold, que ustedes aprobaron y apoyaron. Nuestro compañero tardará aún unos días en curar y quiero que sea él quien recoja las primicias de su idea, quien ponga en práctica sobre el terreno lo que ha imaginado. Yo estaré con vosotros cuarenta y ocho horas. Es un caso de honor para mí descubrir antes de volver a Washington al asesino de vuestro inspector jefe y espero que cada uno de vosotros pondrá de su parte todo su interés para llevar a cabo mi propósito. Escuchad.

John Edgar Hoover salió de detrás de la mesa jugueteando con el lápiz que tenía en la mano y se puso a medir la habitación con pasos medidos. En la pausa que siguió a sus palabras, podría haberse oído el vuelo de una mosca. Tanto los agentes especiales como los dos ayudantes, estaban pendientes del final de aquel paseo y de las próximas palabras de su superior. Pero el paseo no cesó, aunque las palabras sí llegaron.

—Todos conocéis el asunto que ha costado la vida al inspector Lee, Sabéis que el asesino, el cómplice criminal de los «gangsters», que quieren hacer un campo de experiencia de la ciudad de Chicago, está dentro del hospital. ¿Cómo cazarle? No hay pruebas contra nadie ni tenemos la menor noción de quién pueda haber sido. La gente está soliviantada, los periódicos piden justicia. Ahí tengo encima de la mesa un ejemplar de The River en su edición de mediodía. Piden una satisfacción. Y están en su derecho. No sólo por la muerte del inspector del

F. B. I.,

sino por todos los demás...

Una brevísima pausa y prosiguió:

—Todo es uno y lo mismo. Yo no puedo, sin embargo, dar estado de legalidad con mi presencia al proyecto de Roderick Arnold. Cuando yo me haya ido y éste se ponga bien, confío en que

vosotros sepáis dar la batalla definitiva. Pero, mientras tanto, hay que acallar a la opinión. ¿Cómo? Muy sencillo: prendiendo al asesino del «gángster» herido y de nuestro querido compañero y amigo Douglas Lee.

El director del

F. B. I.,

hizo un alto en su paseo. Dio dos vueltas al lápiz que tenía entre los dedos y siguió hablando:

—Pero, amigos míos, me voy separando de lo esencial, y lo esencial es esto —fué hacia la mesa, cogió un pliego de papel y continuó, mientras le golpeaba con la contera; del lápiz—. Aquí tenemos una lista completa, con sus nombres y direcciones, de todos los empleados, médicos, enfermeros, etcétera, del hospital frente al cual murió el inspector Lee. Uno de éstos es el asesino. Dentro de un instante, cada uno de vosotros se dividirá en uno o varios de los nombres que aparecen en esta lista e iniciará una minuciosa investigación acerca de la persona a quien pertenezca. Cuánto descubráis me lo presentaréis a mí, a poder ser, esta misma tarde. Yo lo estudiaré, y, todos juntos, discriminaremos quién o quiénes tienen menos probabilidad de ser el que buscamos. Descartados éstos, centraremos nuestras pesquisas sobre los que queden y esperemos que el resultado corresponda a mis esperanzas. La primera encuesta la efectuaréis con el mayor sigilo. En cambio, la segunda, si no tenemos pruebas contra nadie en secreto, será llevada, a cabo con todo aparato, para ver de conseguir que el verdadero culpable pierda los nervios y de un resbalón que nos ponga sobre la buena pista. ¡Manos a la obra! ¡Y buena suerte!

Salieron los agentes especiales a cumplir su cometido. John Edgar Hoover, acompañado de sus ayudantes y algunos oficinistas y técnicos, quedó aguardando el resultado de aquella investigación, de la que tanto esperaba. Pensativo, sentóse en una de las esquinas de la mesa y estuvo jugueteando con el lápiz distraídamente durante un buen rato; hasta que sonó el timbre del teléfono y le sacó de su abstracción. Lo cogió antes que lo hiciera ninguno de sus ayudantes y se lo llevó al oído.

—Aquí el Departamento de Investigación Federal. ¿Dígame? Sí; soy Hoover... ¿Cómo está usted, inspector Kipling...? ¿Cómo dice? ¿Una acción conjunta...? Desde luego... No estaría mal, pero uno de

mis inspectores... Sí, sí, Roderick, Roderick Arnold... ¿Que vio morir al sargento...? Sí, ya me lo ha dicho. Sus hombres se mostraron muy valientes... Lo sé, lo sé... Mis muchachos no les regatean méritos. Lo que pasa es que me temo... De acuerdo; pero me temo que nuestros métodos sean distintos. ¿Que han puesto en libertad al dueño de The Transatlantic? ¿Que en eso se han precipitado? Desde luego... No se puede prender a nadie por simples conjeturas, cierto... Sí, sí, estaré aquí algunos días. ¡Adiós, inspector Kipling! Gracias, de todos modos.

El director del

F. B. I.,

colgó el aparato con un suspiro.

—Era el inspector de Policía Kipling. Solicitaba una acción conjunta de nuestros hombres y los suyos. Dice que no ha dado mal resultado lo efectuado por Roderick Arnold y los agentes de la Metropolitana. No hay que echar en saco roto su ofrecimiento. Se lo diremos a Roderick y él verá si vale la pena.

Al anochecer empezaron a volver los agentes especiales enviados por Hoover a efectuar aquella encuesta de problemáticos resultados, pero en los cuales él confiaba. Cuando regresó el último, el director del

F. B. I.,

que llevaba todo el día con un sorbo de café y unos bocadillos, se encerró de nuevo con ellos.

Todos los informes estaban encima de su mesa; los leyó detenidamente; mejor dicho, los estudió, con ayuda del agente correspondiente, y después de un trabajo de varias horas —trabajo agotador y monótono—, se vio obligado a confesarse que no habían conseguido otra cosa que perder el tiempo.

—¿Qué hay, jefe? —preguntó uno de sus ayudantes, cuando Hoover echó todos los papeles a un lado y se incorporó de mal talante.

—Nada en absoluto. Todos pueden ser culpables y todos pueden ser inocentes. Yo esperaba que pudiéramos ir descartando; pero tengo que confesar que, por esta parte, he fracasado. No obstante, el criminal no podrá decir nunca que se ha reído de nosotros. Me he propuesto cazarle y le cazaremos.

Acercóse al teléfono y marcó. Al minuto estaba comunicando

con el director del hospital. Un nuevo plan había surgido en su cerebro y le faltaba tiempo para ponerlo en práctica:

—Oiga, Tilsley: ¿qué personal tiene usted en este momento ahí? ¿Más de la mitad? Estupendo... ¿No podría avisar por teléfono a los que faltan?... Quiero tenerlos reunidos ahí dentro de una hora, a lo sumo hora y media. Que vayan cuántos encuentren... ¿Que para qué? Escuche: para prender al asesino del inspector Lee... Sí, sí; como lo oye... Mejor dicho, para prenderle, todavía no... Antes habrá un trabajillo previo que hacer. Téngamelos ahí, Tilsley. Gracias.

Hoover colgó el auricular y se frotó las manos. Nadie se atrevió a preguntar lo más mínimo; pero todos estaban pendientes de él. El director del

F. B. I.,

no se explayó por el momento, sino que se mostró enigmático.

—Avísenme al Departamento de Huellas Dactilares —dijo al fin—. Que me traigan un tampón y una serie de fichas en blanco.

Cinco minutos después, Edgar Hoover tenía ante sí lo que había pedido. Repartió las fichas entre los agentes y les rogó que en cada una de ellas extendiera los nombres y direcciones de todos aquellos de quienes habían andado recabando información.

Cuando lo hubieron hecho, el director del

F. B. I.,

se guardó en el bolsillo del abrigo el «stock» formado por todas ellas, dio la almohadilla entintada a uno de sus ayudantes e invitó a sus hombres para que se acercasen.

—Ustedes también —dijo a los que trabajaban en los distintos departamentos.

Una vez reunidos, contó hasta veinte de entre ellos y a los demás, media docena aproximadamente, los autorizó a volver a sus ocupaciones.

—Que nadie abandone la oficina hasta nueva orden —les dijo—. Y vosotros —añadió, volviéndose a los elegidos— vais a apostaros en las inmediaciones del hospital de marras. Vuestro cometido se limitará, a seguir a todo el que salga de él una vez que yo haya acabado dentro mi cometido. Hacedlo bien y dispuestos a todo, pues uno de vosotros seguirá al criminal. Tocáis a uno cada uno, así que distribuíroslos como mejor queráis. Mi plan es el siguiente.

Unos minutos de charla y cada agente especial se había percatado admirablemente de la parte que le correspondía en aquel asunto, del engranaje que representaba en aquella máquina que el director del

F. B. I.,

iba a poner en funcionamiento para cazar al asesino del inspector Lee.

—Podéis marcharos —concluyó John Edgar Hoover—. Cada uno por su lado, para no llamar la atención. A lo sumo os autorizo a ir por parejas. Pero, por Dios, mucho sigilo.

Los agentes designados fueron saliendo. Entre ellos, Dick Bailey. Hoover quedó allí, con sus dos ayudantes, haciendo tiempo a que los otros llegaran a su destino. Transcurrida una hora, bajaron a la calle y se metieron en el automóvil.

Ninguno de los tres habló durante el trayecto. El director del F. B. I.,

conducía, con mano firme y segura, sorteando admisiblemente los obstáculos de la circulación. Iba pensativo, pero en su frente se marcaba la decisión y en sus ojos brillaba un rayito de esperanza.

Ya en la avenida de Michigan aceleró la marcha. Hasta allí no parecía haber tenido prisa; más, a partir de entonces, pareció darse cuenta: de que se le estaría esperando. Antes de llegar al sitio de la cita descubrió a algunos de sus hombres, estratégicamente distribuidos por las cercanías.

Hoover paró el coche frente al hospital, y él y sus acompañantes saltaron a tierra con premura. Para llegar hasta la puerta hubieron de pasar sobre el ya muy disminuido manchón de sangre de la acera en donde el inspector Douglas Lee había muerto. Instintivamente, los tres apretaron las mandíbulas y cerraron los puños.

El director del hospital, Stanley Tilsley, que los esperaba, los vio venir desde una de las ventanas del edificio y salió a su encuentro.

—¿Están ya todos? —preguntó Hoover.

—Todos, sí. Hemos tenido suerte. Pero dígame ¿de qué se trata?

—Pronto lo sabrá. Un momento tan sólo y su curiosidad habrá sido satisfecha.

El director del

F. B. I.,

seguido por sus ayudantes y precedido por el director del hospital,

entró en el amplio salón en que el personal de la casa estaba reunido. John Edgar Hoover fué directamente al grano, como era su costumbre, y como entonces, más que nunca, le convenía.

—Señores —empezó diciendo—: necesito su colaboración. Como ustedes saben, he venido de es profeso de Washington para asistir al entierro de uno de mis nombres, asesinado por medios terroristas frente a este hospital. El inspector Roderick Arnold, que le acompañaba, resultó herido de poca consideración, gracias a que se le ocurrió a última hora no subir en el coche con el inspector Lee. Este joven, cuya vida me congratulo de conservar, sospechó desde el primer momento que el atentado había provenido de aquí...

Un murmullo de desaprobación cortó sus palabras. El director del

F. B. I.,

sin alterarse, continuó:

—Dentro de esta casa, por añadidura, se había cometido un crimen, y también con razón, los dos hombres del

F. B. I.,

a los que acabo de mencionar, sospecharon que el culpable había sido alguien de la casa. En el segundo caso, el del asesinato del «gángster», no hemos podido descubrir nada de particular aún. En cambio, en el del atentado, tenemos testigos de que una persona, vestida con bata blanca de las usadas aquí, salió del hospital llevando en la mano un maletín de los de transportar el instrumental quirúrgico, estuvo maniobrando en el motor del coche y luego regresó de nuevo hacia acá. Esto nos hizo situar las piezas del rompecabezas en su lugar y reconstruir el atentado. Ahora bien: aun situando el asesino dentro del hospital, hubiera sido muy difícil, por no decir imposible, dar con él a no ser por ese error, que todos los criminales suelen cometer...

Hizo una breve pausa, para ver efecto que, producían sus palabras; en el auditorio. Ya cada uno miraba al otro con recelo, con sospecha. Todo el que estaba seguro de su inocencia, temía que el compañero junto al cual se encontraba fuera aquel que el director del

F. B. I.,

estaba tratando de localizar.

—El error, esta vez —prosiguió Hoover— no ha sido tal error,

sino, quizá, un poco mala suerte o tontería, ¿es que este hombre ignoraba que el

F. B. I.,

cuenta con excelentes medios técnicos para descubrir muchas cosas? Un simple cabello, un trocito de tu ropa, una simple hilacha hubiera sido suficiente para perderlo; pero hay algo más: el asesino ha dejado en el motor su tarjeta de visita. Mis técnicos han descubierto nada menos que una magnífica colección de huellas dactilares.

Otra nueva, pausa y paseó sus ojos por las caras de los circundantes. Todas ellas estaban más o menos lívidas para la luz artificial, y todos, en general, se mostraban bastante alterados.

Hoover sacó de su bolsillo la colección de tarjetas en blanco y las retuvo en la mano, mientras su ayudante preparaba el tampón. Luego colocó las dos cosas sobre una mesa.

—Sé que es rebasar mis atribuciones el desear de ustedes lo que deseo. Confío, sin embargo, en que sabrán comprenderme. En buena ley, no tengo ningún derecho a nada de lo que intento. Pero en buena moral, todo ciudadano viene obligado a ayudar a la Justicia. Esto es lo que pido de ustedes: un poco de comprensión, y nada más. No olviden que aquí, entre los hombres honrados, hay un asesino. Contra éste venimos, pidiendo a los demás su cooperación.

—¿Qué es lo que desea de nosotros, señor Hoover? —preguntó el director del hospital.

—Simplemente, esto: aquí tengo una serie de fichas, en cada una de las cuales hay anotado el nombre de uno de ustedes. Mi intención es recoger una colección de huellas dactilares que poder comparar con las que hemos sacado del motor del automóvil del inspector Lee. Si ustedes ponen de su parte un poco de buena voluntad, confío en que esta noche todo quedará solucionado y podremos proceder a la detención del culpable...

Se levantaren nuevos murmullos. Al fin, después de unos segundos de indecisión, Stanley Tilsley se acercó a la mesa.

—Estoy a su disposición —dijo, decidido; pero el director del F. B. I.,

notó algo raro (un temblor apenas perceptible) en sus manos.

Detrás de éste vinieron algunos más; en vista de lo cual, Hoover expuso la conveniencia de llamarles por orden. Así lo hicieron, y

media hora después, todo estaba concluido. Ni uno solo se echó atrás en lo de estampar sus dedos en la cartulina. El asesino, como es de suponer, menos que ninguno, para evitar sospechas prematuras.

—¿Quedaremos detenidos mientras cotejan las huellas, señor Hoover?

—No tengo atribuciones para ello, señor Tilsley, aunque bien quisiera. De pedirselo a ustedes, tal vez accederían. Pero no dejo de comprender que esto es mucho más difícil. Todos y cada uno de ustedes tendrá obligaciones, deberes que cumplir para con sus padres, sus esposas, sus novias... No puedo ni debo hacerlo. Están en libertad... y muchas gracias.

Los tres hombres del

F. B. I.,

abandonaron el hospital y subieron nuevamente al coche. Antes de hacerlo, percibieron en las cercanías a Dick Bailey, que había sido designado como centinela frente al vehículo, para evitar cualquier atentado de la naturaleza del que costó la vida al inspector Douglas Lee.

—¿Cree usted que su truco dará resultado, jefe?

—Sólo hay una posibilidad de que todo mi tinglado se venga abajo, y es que el criminal operara con guantes. Si lo hizo con las manos desnudas, no me cabe duda de que picará el anzuelo e intentará poner tierra por medio. Así sabremos de quién se trata y procederemos a su detención...

El automóvil avanzaba ya avenida Michigan abajo. Otra vez descubrieron a los agentes apostados en las cercanías. Dick Bailey sonrió al verles pasar e hizoles un saludo apenas perceptible.

El joven sentíase feliz con aquel segundo servicio que en sólo un día le había tocado en suerte.

En la calle Randolph, mientras que esperaban a que el disco rojo se abriera, el director del

F. B. I.,

compró un ejemplar de «The River». Así pudo enterarse de cómo seguía el prohombre político Johnson Rowley y leyó unas declaraciones en que afirmaba que jamás retiraría su candidatura.

—Un hombre valiente —murmuró más que dijo Hoover, que había tenido siempre en gran estima el valor personal de las

personas.

Llegaron, una vez más, ante la puerta de la Oficina Federal y saltaron del coche. Hoover, en silencio, preocupado ahora, pensando si realmente su truco surtiría los efectos apetecidos.

En el trayecto del hospital hasta aquí, mucho de su optimismo se había desvanecido. La posibilidad de que el asesino hubiera operado con guantes y de que la añagaza de las huellas dactilares le hubiera hecho reír en lugar de asustarle, acudía ahora a su mente con gran insistencia.

Quiso desechar estos pensamientos pesimistas y tuvo que hacerlo con rapidez de centella, al entrar en el portal de la casa, ante un súbito apagón de la luz y una voz que animaba a alguien desde la oscuridad:

—¡Duro con ellos, muchachos!

Hoover reaccionó con celeridad pasmosa. Su mano diestra se hizo con la pistola en una fracción de segundo, disparó contra la parte en que había sonado la voz y, al mismo tiempo, se dejó caer al suelo y luego rodar, para evitar ser localizado como punto de referencia el fogonazo de su arma.

Un grito de dolor respondió a su disparo, pero ya cuando un bulto humano, también con suma rapidez, había caldo sobre él en el suelo e intentaba retorcerle la mano con ánimo de desarmarle, tras haber descargado sobre su cabeza un fuerte culatazo, que a punto estuvo de privarle del conocimiento.

No consiguió su enemigo lo que se proponía, pero tampoco le fué fácil al director del

F. B. I.,

desprenderse de aquella tenaza. Lo consiguió después de un rudo forcejeo, en que, en la oscuridad, se había escuchado solamente el hondo jadear de los que combatían.

Aunque estaba debajo, Hoover había contrarrestado primero el esfuerzo del otro, para enseguida superarle. Cuando su brazo armado estuvo bajo el cuerpo de su enemigo y notó que el cañón del revólver posaba en alguna parte del cuerpo de aquél, disparó a quema ropa hasta notar que la presa que el «gángster» había hecho sobre él aflojaba. Los estampidos sonaron ahora ahogados, entre un estertor de muerte, y el director del

F. B. I.,

se sintió libre en cuanto, con un leve movimiento, se liberó del cuerpo inerte de su contrincante.

En las sombras del portal, rotas apenas por un rayo de luz procedente de la calle, los ayudantes de Hoover luchaban. Las fatigosas respiraciones llegaron hasta él, nítidas e imponentes. Animó a sus hombres y enseguida se preguntó cómo era que los de la Oficina no bajaban al ruido de los disparos. La respuesta no tardó en llegar. Arriba sonaron también algunos tiros y se escuchó un rumor creciente de lucha.

—Éste está liquidado, jefe —oyó que decía uno de sus ayudantes.

—Auxilia a tu compañero. Yo voy a ver lo que pasa allá arriba.

A grandes zancadas, que en modo alguno demostraban la edad del director del

F. B. I.,

éste subió las escaleras. Ante la puerta de la Oficina Federal tomó aliento, recargó su arma y se dispuso a actuar. Pero antes de hacerlo, ya tenía a su lado a dos ayudantes, sanos y salvos. No tuvo que preguntarles por el resultado de la pelea, puesto que el estar allí ellos lo decía bien a las claras.

Los tres juntos, pegados a la pared, avanzaron por el pasillo. Tras cruzar un breve vestíbulo, se acercaron a los despachos del personal, donde la lucha se desarrollaba. Antes de llegar se dieron de manos a boca con dos de los asaltantes, que huían. Hablaron las armas y ambos delincuentes sintieron mordidas las entrañas por el plomo del director del

F. B. I.

En aquel momento se agolpaban a la puerta por donde los «gangsters» habían aparecido algunos de los oficinistas y técnicos de la filial. Hoover quiso saber qué había pasado.

—Venían buscando no sé qué demonios de huellas dactilares —dijo el más caracterizado de todos—. Eran media docena, y allí dentro están los cuatro restantes, más muertos que mi abuela.

—En el portal hemos dejado nosotros cuatro más —intervino uno de los ayudantes de John Edgar Hoover—. Parece ser que también venían buscando unas huellas de esa clase.

—No lo creáis —intervino rápidamente el director del

F. B. I.

—. Aquéllos nos esperaban, pero no propiamente por las huellas, sino para impedirnos subir. Las que a ellos les interesaban no eran las que nosotros traemos, sino las que simulé teníamos aquí. El asesino se ha asustado, que era lo que yo me proponía. Ha perdido la cabeza. En cuanto vea que sus emisarios no regresan, posiblemente hará algo que le pondrá en nuestras manos. Por lo pronto, procurará huir, y éste será el momento que aprovechará el agente que le haya tocado seguirle para avisarnos. Creo que esta noche la pasaremos en vela. Así, pues, bueno será que subamos unas botellas de coñac y retiremos esos «fiambres». Yo invito. Mientras tanto, pónganme con la Dirección de «The River». Voy a ir adelantándoles algo de lo que va a ocurrir y le daré la noticia, para que la vaya componiendo, de lo que ha ocurrido ya.

El optimismo de Hoover había renacido. Ahora no quedaba más que esperar y dar tiempo al tiempo.



¡DIBUJOS ESTUPENDOS!
¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!
¡PRESENTACION EXQUISITA!
Sólo en
AVENTURAS DEL F. B. I.

V



las cuatro de la madrugada, todos los emisarios del director del F. B. I., habían regresado ya a la filial.

El que más y el que menos había seguido a su hombre correspondiente, sin otro resultado que verle entrar en su casa tranquilamente, para no aparecer más. Algunos los habían seguido hasta lugares de diversión: «cines», teatros o «*cabarets*».

Como aún faltaban varios agentes por aparecer, entre ellos Dick Bailey, todos esperaban, distribuidos como mejor podían en sillas, sillones y mesas. Unos descabezaban un sueño, otros jugaban a las cartas y los más fumaban nerviosamente cigarrillo tras cigarrillo.

Hoover estaba junto al teléfono. Así llevaba varias horas y no

parecía fatigado por la larga espera. Unas botellas vacías de coñac y tazas que habían contenido café muy cargado se desparramaban por distintas mesas.

Al principio, todo el mundo había comentado, con más o menos viveza, los acontecimientos de los últimos días, pero ya para entonces nadie tenía ganas de seguir hablando. La filial del

F. B. I.,

simulaba un campamento de soldados que esperara el ataque del enemigo.

Unos tras otros llegaron algunos agentes más. Ya todos estaban allí menos uno: Dick Bailey. A las cuatro en punto, éste telefoneó. Hoover cogió el teléfono y estuvo charlando con él largos minutos. En el rostro del director del

F. B. I.,

se iba reflejando alternativamente toda una gama de sentimientos.

Colgado el auricular, se puso en pie con premura y señaló con el dedo a una docena de sus muchachos.

—Dick Bailey ha llamado desde The Transatlantic. Creo que tenemos en la mano al culpable. Nuestro joven amigo ha seguido a su hombre a distintos lugares, de la capital y ahora mismo acaba de entrar con él en ese establecimiento. Parece ser que va pertrechado de su equipaje...

—¿Quién es de todos cuyas huellas hemos recogido? —preguntó uno de los ayudantes.

Hoover respondió rápidamente:

—Aquel de quien yo menos sospechaba, por las facilidades que nos dio siempre para nuestro trabajo; el director del hospital.

Iba a salir, seguido de sus doce agentes y sus ayudantes, cuando se volvió a los que quedaban:

—Que nadie se mueva de aquí. Uno de vosotros que no se separe del teléfono, atento a cualquier llamada urgente nuestra. Espero que todo salga bien; pero, por si acaso, conviene estéis preparados para acudir a mi primer llamamiento.

Los tres coches del

F. B. I.,

en que se fueron distribuyendo los agentes arrancaron pronto, llevando en cabeza aquél en que viajaba el director con sus dos ayudantes. Con las sirenas calladas, aunque a gran velocidad, todos

los vehículos avanzaron por las calles dormidas. Cada cual examinaba sus armas y se preparaba a entrar en acción.

Y todos ellos, a pesar de llevar a su frente al propio director, echaban de menos para aquel servicio al inspector Roderick Arnold, de cuyo valor, arrojo, sangre fría y talento directivo les había dado muestras en más de una ocasión.

En la parte baja de la ciudad, cerca del canal de Illinois, entre la calle Cuarenta y Siete y la Ceylon Avenue, se encontraba situado The Transatlantic. Los coches del

F. B. I.,

pararon a un par de yardas de él. Cumpliendo órdenes de su jefe, una pareja de agentes quedó al cuidado de los vehículos, mientras el resto, convenientemente camuflado entre las sombras de los edificio vecinos, avanzaron hacia aquél.

Ya ante la puerta, cuya luz de neón iluminaba gran trecho de la calle, Hoover designó a dos parejas más, para que vigilasen los alrededores de la casa, con órdenes terminantes de detener a todo sospechoso que intentara salir de ella, y él, seguido por el resto de sus hombres, penetró decidido en el «*night-club*».

Una tufarada caliente le dio en el rostro, mientras una ola de carcajadas, música y gritos los envolvió. Hoover echó una mirada en torno. No vio lo que buscaba, pero se encontró con que el «*cabaret*» estaba divinamente bautizado.

The Transatlantic tenía un parecido excepcional con uno de esos buques. Disponía de proa y popa, escotilla y demás accesorios para que la ilusión resultara perfecta. No se mecía pero algunos de sus clientes hubieran jurado lo contrario, tan beodos se encontraban. Su atmósfera y su bullicio eran mareantes.

Media docena de individuos de mediana edad, disfrazados de marineros, se abrían camino a duras penas entre los parroquianos, entonando canciones tropicales. Algunas bailarinas, muy ligeras de ropa, hacían y deshacían figuras coreográficas en el círculo brillante del «*parquet*», ceñido por innúmeras mesas repletas de personal a cual más dispares: viejos, jovencitas, mujeres ya hechas y experimentadas...

Cesaron las canciones y la orquesta atacó música de baile. Un danzarín profesional, del brazo de una mujer entrada en años, fué el primero en avanzar hacía, la pista. Enseguida, todo el mundo siguió

su ejemplo. Había bailarines medio borrachos o completamente ebrios, mujeres descocadas, lánguidas, de ojos mortecinos y circundados de ojeras.

El director del

F. B. I.,

descubrió todo esto con profundo desagrado. Allí existía un hálito pecaminoso que no estaba de acuerdo con su sentido de la moralidad. No le extrañaría mucho que, detrás de todo aquel tinglado, se escondieran, negocios aún más sucios. Quien es capaz de regentar un tugurio de aquella índole, no dudaría en vender a su propio padre si esto le reportaba algunos beneficios.

John Edgar Hoover entró en recelo al no encontrar a Dick Bailey junto si mostrador, como le había, prometido, y se lamentó interiormente de no haber dispuesto de hombres suficientes para haberlos enviado tras el personal del hospital en parejas en vez de individualmente.

Con una muda indicación a sus agentes para que se distribuyeran estratégicamente por la sala, el director del

F. B. I.,

siempre con la mano metida en el bolsillo, donde llevaba su pistola, avanzó por entre las mesas. Un hombre como de cuarenta años, moreno y de nariz aguileña, que vestía de etiqueta y llevaba un clavel en el ojal, le salió al encuentro.

—¿En qué puedo servirle, señor Hoover? —dijo—. Soy Fredmay, el dueño de todo esto, y le estaba esperando. Me extrañaba mucho que no siguiera el

F. B. I.

los pasos de la Policía Metropolitana. ¿De qué se me acusa ahora?

El director del

F. B. I.,

le midió de arriba abajo con una mirada despectiva. Aquella sonrisa que descubrió en el rostro relativamente agraciado del que se acababa de presentar a sí mismo como el propietario del «*night-club*», estuvo a punto de alterar sus nervios; sintió que una fuerte antipatía hacia aquel individuo brotaba en su corazón.

Sin responderle siguió adelante. Iba lívido, pero sereno, decidido. Sus dos ayudantes le seguían a prudencial distancia. Y, mientras, la gente continuaba divirtiéndose, bien ajena a cuanto se

cernía sobre The Transatlantic.

Sin ningún miramiento, John Edgar Hoover fué abriendo cada puerta de los reservados, con sólo una breve llamada de aviso. Y con la misma desfachatez descorrió cada una de las cortinas que ocultaban aquella especie de palcos que se distribuían en torno al salón.

Contempló escenas de vicio y perdición que le obligaron a apretar los puños y rechinar los dientes de rabia y de asco; pero no halló lo que buscaba. Ni el director del hospital ni el agente Dick Bailey aparecían por parte alguna.

Continuó unos segundos más, levantando los rostros de cuántos individuos dormían de bruces, sobre las mesas de los reservados, sus reprobables borracheras.

El dueño de The Transatlantic le seguía un tanto demudado, más sin que se borrara de su rostro la sonrisa estereotipada con que había recibido al director del

F. B. I.

Le dejaba hacer como un mal menor, confiando en que acabara cuanto antes sin que sus clientes se dieran cuenta de nada.

—¿Se puede saber lo que busca, señor Hoover? —volvió a preguntar—. Tal vez yo pudiera ayudarle.

Por toda contestación, el jefe supremo del

F. B. I.,

le midió nuevamente de arriba abajo. Ahora su mirada era de desprecio.

Todo el mundo, según la ley, es inocente hasta que se demuestra lo contrario. A Fredmay no se le podía demostrar nada todavía; pero, sin embargo, Hoover sentía tal repulsión hacia él, que le hubiera prendido de la mejor buena gana, aun a trueque de tener que soltarle, como les había ocurrido a sus colegas de la Metropolitana.

Revisada sin resultado la parte baja del «*cabarets*», el director del

F. B. I.,

sus dos ayudantes y el dueño de The Transatlantic subieron a la alta, mientras en el salón sólo los hombres de Hoover y algunos guardaespaldas de Fredmay seguían con ojos anhelantes la maniobra. Les demás continuaban bailando y bebiendo, tan ajenos

como siempre a lo que no fuera lo suyo.

De pronto, después de un prolongado golpear del «jazz», se hizo un silencio. El jefe de la orquesta avanzó anunciando que Vilma Méndez iba a cantar. Sonaron aplausos, las luces bajaron de tono y el círculo del reflector buscó unos cortinajes rojos, por donde la cantante acababa de aparecer. Un borracho la jaleó con voz estropajosa.

La nueva atracción de The Transatlantic era una magnífica hembra. De padres portorriqueños, había nacido en la calle Cincuenta y Dos Oeste de Nueva York. En sus ojos, negros y profundos, ardía una llama de pasión. Su cabello largo, ondulado, parecía azul de tan oscuro. Era alta de cuerpo, exuberante de formas y poseía, además, algo completamente singular. Hoover pudo darse cuenta de ello enseguida. Un encanto especial, de un gran atractivo, emanaba del tono de su voz. Un tono de voz único, aterciopelado, sumiso, sin una estridencia; pero, a, mismo tiempo, profundo y de gran volumen que llegaba a todos los rincones de la sala sin necesidad de altavoces.

Sus desnudos hombros ebúrneos resaltaban de forma admirable merced al contraste con su vestido de satén oscuro y estrecho, que le sentaba a la perfección. Llevaba una capa de marta en su mano derecha y media, la arrastraba por el pavimento, con un gesto de estudiada y suma languidez. El vestido, cerrado por detrás, permitía por delante la visión de una de las piernas, cuya torneada rodilla aparecía a veces por la abertura.

Durante el segundo que Hoover la estuvo examinando, Fredmay seguía las evoluciones del cuerpo escultural y escuchaba los arpegios cristalinos de su voz. Para, seguir a aquél, éste tuvo necesidad de hacer un supremo esfuerzo de voluntad. Se veía que le costaba mucho trabajo sustraerse al hechizo de la cantante.

La metódica inspección de John Edgar Hoover no pudo llevarse a cabo en todo su rigor. Antes de haberla iniciado en los departamentos superiores, algunos disparos, que llegaron ahogados hasta allí, le obligaron a interrumpirla.

Hoover localizó los estampidos en la casa de al lado, quizá en un anejo del propio «*night-club*». Miró a Fredmay y lo encontró aún más lívido. Por unos segundos, su sonrisa se borró.

Con un dedo acusatorio, el director del

F. B. I.,
invitó al otro a que le dijera si alguna puerta, secreta o no, comunicaba con el edificio vecino.

Fredmay negó con la cabeza, y entonces, Hoover descendió de dos en dos, con sus ayudantes pisándole los talones, las escaleras que le separaban de la sala.

Una vez aquí, la cruzó precipitadamente, envuelto ahora en un silencio preñado de temor. Todos los agentes del

F. B. I.,
le siguieron hasta la calle. La gente los vio marchar sin comprender aún qué estaba pasando. Luego, de pronto, alguien pareció darse cuenta, al proseguir el fragor de los tiros cercanos. Hubo un grito de aviso y cada cual buscó la salida. La desbandada temida por Fredmay se había iniciado.

Mientras, Hoover, guiado por los disparos, saltaba al jardín que circundaba aquella especie de palacete que se erguía pared por medio de The Transatlantic. Sus ayudantes y seis agentes más seguían en contacto con él. Los otros, obedeciendo órdenes de su jefe, quedaron ante las puertas de los dos edificios, intentando calmar a la histérica y beoda multitud.

El palacete era una casa de tres plantas, de piedra, con muchas ventanas al exterior. Las del tercer piso estaban iluminadas, y los cristales de una de ellas caían hechos añicos en aquel momento. El director del

F. B. I.,
miró hacia arriba, atraído por el estrépito, y apenas tuvo tiempo de esquivar un cuerpo humano que había salido disparado por el hueco de aquélla.

Ahogando una exclamación, se introdujo en la casa cuya puerta estaba solo entornada. Tanto él como sus hombres, llevaban ahora la pistola amartillada en la mano, prontos a apretar el gatillo.

Cuando los agentes del
F. B. I.,
quisieron alcanzar el antepenúltimo piso, los tiros delatores habían cesado. De ahí al último, que seguía iluminado, no tardaron un segundo, encontrándose enseguida en un pasillo que iba a desembocar en la escalera de incendio, y a cuyo lado se abrían media docena de puertas.

De una de éstas, la primera de la izquierda, se escapaba un profundo jadeo, acompañado del rumor indeciso de unos pasos vacilantes. El director del

F. B. I.,

se pegó a la pared, expectante. Sus subordinados le imitaron, clavando los ojos en la puerta de marras.

Una fracción mínima de tiempo y de los labios de los que acechaban se escapó un grito de sorpresa y alegría. Ante ellos, recostándose en el marco, tenían a su joven compañero Dick Bailey.

Su aspecto era desolador. Grandes churretones de sangre cruzaban su rostro. Las manos las tenía despellejadas, y su traje completamente hecho jirones. Se mantenía en pie con sumo esfuerzo y todos temieron que estuviera malherido. Sonrió al verlos e hizo señas para que se acercaran.

—Ya no hay peligro —dijo, con un hilo de voz. Y enseguida, señalando la escalerilla de incendio—: Por ahí se han llevado al director del hospital..., muerto. Sin duda quieren hacer desaparecer su cadáver en el canal. Yo intenté detenerlos; pero en esta habitación había algunos más. Y ahí siguen..., todos menos uno. El otro salió de viaje por la ventana. Fué el último y me dio mucha guerra.

—¿Estás herido, muchacho? —se interesó Hoover.

—No, no; sólo extenuado.

La voz de Dick Bailey era debilitadísima: sus piernas le sostenían a duras penas. De no haber corrido hacia él el director del

F. B. I.,

le hubiera visto caer al suelo, desmayado. Así, perdió el conocimiento en los brazos de su jefe, que le estrecharon afectuosamente. Aunque ya no le podía oír por el momento, Hoover, con un trémolo de emoción en la voz, dijo:

—¡Bravo, muchacho!

Y en aquel instante, una visión fugaz, pero dantesca, asaltó su retina. Dentro de la habitación —de mesas y sillas volcadas, cuadros por los suelos, paredes agujereadas a balazos—, tres hombres yacían en grotescas y trágicas posturas, como muñecos desarticulados.

El piso, de linóleo impermeable, no había empapado aún la sangre de los muertos, que escurría negruzca, a medio coagular, por entre pistolas abandonadas, un par de maletas bien repletas y un

cuchillo de grandes dimensiones, también ensangrentado.

Hoover se imaginó la escena. Vio al director del hospital cayendo bajo las puñaladas de los asesinos y la aparición de su agente, cuando ya no tenía otra cosa que hacer en su favor que luchar hasta quitar la vida los que se la habían quitado a Stanley Tilsley.

Hoover sacudió estas imágenes.

—¡Adelante, muchachos! Dos de vosotros haceos cargo de Dick. ¡Los demás, seguidme!

Con su paso firme y rápido, John Edgar Hoover alcanzó la salida, a la escalerilla de incendios. Se encontró ante un panorama inesperado. Estaba amaneciendo y bajo el rosicler de la aurora, los edificios, pese a su suciedad, se mostraban como palacios encantados. Pero, formando un fuerte contraste, por una callejuela que nacía frente a la ventana del palacio, y que iba a desembocar en el canal, vio avanzar el grupo formado por los dos «gangsters»; llevaban el cadáver del director del hospital simulando se trataba de un borracho.

Hoover, sus ayudantes y el resto de los agentes emprendieron veloz carrera. Los ecos dormidos de la callejuela fueron despertados. Un perro ladró y algunos obreros de tarteras y «monos» salieron de sus viviendas atraídos por el tropel.

Por el canal discurrían lentas y pesadas gabarras y algunos barcos de pequeño cabotaje. Las arboladuras de los que estaban parados se recortaban contra el sucio paisaje urbano de aquella parte de la ciudad, cuyas miserias tomaban un tinte melancólico bajo el beso del amanecer.

Los pistoleros estaban embarcando ya en una canoa automóvil. El director del

F. B. I.,

les dio el alto, disparando al aire. Los otros contestaron, tirando a matar, aunque ni uno solo de los hombres de Hoover se sintió tocado. Mientras, la canoa arrancaba con gran estrépito, dejando tras ella una estela de agua manchada de grasa y de residuos de todas clases.

Hoover, con sus dos ayudantes y un par de agentes más, saltó a una lancha de parecidas características a la que los bandidos llevaban, y que un hombre estaba poniendo en marcha cuando

sonaron los primeros disparos.

—Soy Hoover, del

F. B. I.

—dijo éste por toda explicación.

El hombre bajó a tierra sin esperar a más y la persecución de los «gangsters» dio comienzo por entre un laberinto de barcos y barcasas, cuyas chimeneas enlutaban el ambiente con su espesa humareda.

La distancia inicial de los pistoleros no pudo ser superada en un buen rato por los hombres del

F. B. I.

Ni éstos ni aquéllos disparaban en la imposibilidad de hacer blanco, pero todos llevaban las armas prontas. Hoover iba al volante y hacía volar más que navegar a la embarcación. Al fin, cuando ya los tenían al alcance de sus armas, hubieron de hacer alto para recoger de las sucias aguas el cadáver flotante del director del hospital, que los otros habían arrojado a ellas.

Fueron pocos los segundos que invirtieron en esta operación, pero cuando quisieron ponerse de nuevo en seguimiento de los bandidos, éstos habían alcanzado la otra orilla y desaparecían entre los barracones de una de las muchas fábricas, cuyas altas chimeneas apuñalaban el espacio. Por más que los buscaron, no pudieron dar con ellos. Media hora después regresaban a su punto de partida.

Aunque las cosas no habían salido como Hoover esperaba, la verdad era que no podía quejarse. Aunque muerto, allí tenía al culpable del asesinato del Inspector Lee. El arreglaría las cosas para que el

F. B. I.,

quedara en buen lugar y la opinión pública satisfecha.

De nuevo ante The Transatlantic, Hoover preguntó por Dick Bailey, el cual había sido trasladado a la clínica del

F. B. I.

Estaba agotado, magullado a golpes; pero, en concreto nada de particular.

—¿Ha explicado cómo se metió en tal jaleo?

—Sí. Después de llamar por teléfono a la filial continuó vigilando al director del hospital. Vio que entraba en ese palacete y le siguió. Cuando quiso llegar arriba, se encontró con la

desagradable sorpresa de que aquél había sido asesinado. No le debieron dejar siquiera respirar. Entonces, Dick arremetió con los hombres que aún quedaban en el palacete..., y el resultado ha sido el que todos sabemos.

En los ojos del director del

F. B. I.,

bailoteaba una llamada de incontenible admiración, de ternura hacia «sus muchachos». ¡Si el más bisoño de todos había sido capaz de llevar a cabo aquella hazaña, podía regresar tranquilo a Washington! La solución del problema planteado por el «gangsterismo» organizado y terrorista estaba en manos más que capaces. Los agentes del

F. B. I.,

jamás retrocedieron ante dificultades y peligros, porque éste era el espíritu —espíritu inmortal y admirable— del Cuerpo. ¡Feliz él, que podía enorgullecerse y vanagloriarse de mandar a tantos valientes!

Fredmay estaba a punto de tomar su coche —vivía a algunas millas del club nocturno, fuera de Chicago— cuando los del

F. B. I.,

regresaron. Con su eterna sonrisa de suficiencia en los labios se acercó a ellos y se encaró, ahora un tanto zumbón, con Hoover:

—¿Qué ha pasado, señor Hoover?

—Usted lo debe de saber tan bien como yo, Fredmay. No se haga de nuevas. Stanley Tilsley iba huyendo de la Justicia y estuvo en su «*cabaret*». Luego salió y se dirigió a ese palacete sin imaginarse que su sentencia de muerte había sido decretada por aquel de quien era cómplice. Usted temió que hablara.

—Perdone, señor Hoover; pero usted desvaría. No me explico cómo un hombre tan inteligente como usted se ha dejado impresionar por una serie de circunstancias que me han puesto en entredicho ante la ley. La Policía me detuvo por el atentado a Johnson Rowley, pero se convenció pronto de su error. Si hoy el

F. B. I.,

me detiene, estoy seguro que le ocurrirá lo mismo: tenerme que dejar en libertad y darme disculpas.

—El

F. B. I.,

Fredmay, hoy no le detendrá, porque sería prematuro. Tenga la

completa seguridad de que, cuando lo hagamos, si algún día lo creemos conveniente, tendremos pruebas más que suficientes no sólo para hacerlo, sino para sentarle en la silla eléctrica. Por lo pronto, será muy interesante saber a quién pertenece el palacete en que Stanley Tilsley ha sido asesinado.

—¿Han matado a Tilsley? ¡Dios mío! Yo puedo indicarle eso, señor Hoover. Así les evitaré un trabajo inútil. Stanley Tilsley tenía alquilada esa casa y era un buen vecino. Me vino a ver antes de subir a ella. Lo han matado, según usted; pero ignoro quiénes, por qué o cómo. Ésa es la verdad, y será difícil probar lo contrario.

Antes de abandonar las proximidades del «nigth-club», Hoover echó una ojeada a sus puertas, cuyos cierres estaban ahora bajados. El gentío, medio borracho, embrutecido, que ellas habían vomitado sobre la calzada, había, desaparecido casi en su totalidad para dejar paso a obreros, mujeres de barrio, desgrefñadas y soñolientas chiquillos desharrapados que miraban con ojos de asombro el ir y venir de la para ellos, mejor Policía del mundo.

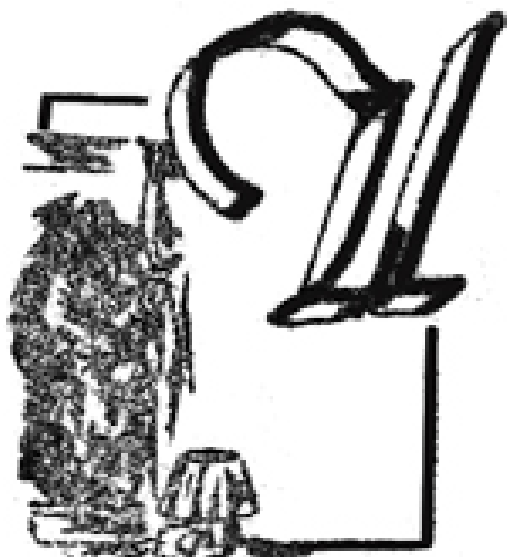
De regreso en las oficinas, a Hoover le fue entregado un cablegrama del presidente Truman. Según él, el director del F. B. I.,

debía regresar inmediatamente a Washington, para responder a una interpelación hecha en el Senado sobre los alarmantes acontecimientos de Chicago. Pero antes de marchar, tuvo a bien premiar el buen comportamiento de dos de sus hombres. A Roderick Arnold lo nombró inspector-jefe interino de filial y a Dick Bailey subinspector con categoría de ayudante.



¡DIBUJOS ESTUPENDOS!
¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!
¡PRESENTACION EXQUISITA!
Sólo en
AVENTURAS DEL F. B. I.

VI



N gesto fatigado hizo Johnson Rowley a los periodistas.

—Por Dios, señores —dijo—; déjenme al menos respirar. Ya he dicho cuánto tenía que decir: que jamás retiraré mi candidatura. No tengo miedo a las pistolas de los asesinos y estoy dispuesto a demostrárselo a ellos.

Con estas palabras, el político dio por concluida la entrevista; pero, en aquel momento dos mujeres excepcionalmente hermosas hicieron su aparición en la estancia. Una de ellas tendría como treinta años y la otra no llegaría a los veintidós.

—Bienvenida seas, hijita. ¿Qué tal el viaje?

—Excelente, papá. Y tú. ¿Cómo te encuentras?

La joven se había inclinado sobre el herido, besándole en la frente con verdadero cariño. Él la devolvió el beso, y en los ojos de ambos se reflejaba una gran ternura.

Los reporteros miraban la escena ansiando el momento de poder

intervenir. Éste llegó cuando Rowley, con orgullo perfectamente comprensible, presentó a la recién llegada:

—Es mi hija Betty. Acaba de llegar de Niza, donde hacía deporte de invierno. A Mary Fergurson, mi prometida, creo que ya la conocen ustedes.

En efecto, a Mary Fergurson, la mayor de las dos mujeres, la conocían de sobra. Ya se había hablado bastante de ella desde el día que Johnson Rowley y ella se hablan prometido. Y aún antes de que se prometieran. ¿Quién no iba a conocer en Chicago a la excéntrica millonaria Mary Fergurson, uno de los mejores partidos del cordado, que había «calabaceado» indefectiblemente a todos sus pretendientes, hasta dar con el político un par de meses atrás?

Dejaron, pues, a ésta al margen, y avanzaron hacia la más joven.

—¿Qué piensa del atentado, señorita Rowley?

—¿Cómo ha tardado cerca de dos semanas en venir a reunirse con su padre, pese a la gravedad, en un principio, de sus heridas?

—¿Por qué...?

—¡Calma, señores! ¡Un momento de calma! Contestaré a todas sus preguntas por orden. Pero, por amor de Dios, sean buenos y no me agobien con tantas a un tiempo... A la primera, sólo tengo que decir que esto que han hecho con mi padre es abominable. En cuanto a, la segunda, no he venido porque no lo he sabido hasta anoche, gracias a un telegrama que Mary me mandó el primer día. No lo recibí a tiempo, porque hemos estado más de quince días, mis amigos y yo, fuera del hotel. Hemos vivido en un refugio, lejos de la civilización, aislados de todo el mundo, sin radio, sin periódicos, sin teléfono, con sólo una gramola, libros, nuestros esquis... y nuestra juventud.

Mientras hablaba, Betty Rowley se había sentado en el borde de la cama del herido y no cesaba, de acariciarle los cabellos entrecanos. Con sonrisa que desmentía sus palabras, dijo el político:

—En cambio, yo estaba pensando que me había olvidado. Ahora, ya respiro tranquilo. Veo que aún me tiene en su corazón.

Mary Fergurson, por su parte, se había acercado también a la cabecera del lecho y echado un brazo amistosamente sobre el hombro de Betty. Ésta acarició aquella mano larga, fina, de dedos estilizados y cargados de piedras preciosas y la agradeció el envío de aquel telegrama.

El cuadro era magnífico. Los reporteros gráficos prepararon sus cámaras y plasmaron el grupo familiar, bajo la complacencia de los interesados.

—Cámbiense ahora, por favor. Una de ustedes, señoritas, a cada lado del herido. Así... Muchas gracias.

Nuevo fogonazo y, de pronto, los periodistas no fotógrafos volvieron a la carga.

—Señorita Rowley, ¿qué piensa de la Policía en este asunto?

—Pienso que ha hecho cuánto podía; no se la puede pedir más.

El

F. B. I.,

sobre todo, como siempre, se ha portado. Ahora sólo les falta coger al principal responsable para que este estado de cosas concluya.

—Gracias por lo que a mí me toca, señorita —dijo una voz a espaldas de los periodistas.

Todos se volvieron. En la puerta, que se había mantenido abierta desde la entrada de Betty y Mary, aparecía ahora la figura de Roderick Arnold. Un poco detrás de él, Dick Bailey, precedidos ambos por un hombre de pequeña estatura y bata blanca: el director de la clínica.

—Perdone, señor Rowley; estos caballeros desean hablar con usted.

Los periodistas olvidaron a sus entrevistados al reconocer a Roderick y a Dick. Uno de ellos preguntó al primero:

—¿Qué nos cuenta de nuevo, Roderick? ¿Cuándo piensan encarcelar al dueño de The Transatlantic?

—Acabamos de detener a los dos hombres que escaparon cuando el atentado de la carretera de Aurora. Parecen muy seguros de sí mismos, y de las ayudas exteriores que puedan recibir; pero confío en que, si no los sentamos en la silla eléctrica, al menos tendrán cárcel para rato. Ahora estamos siguiendo la pista de los dos que arrojaron al canal, después de asesinarle, a Stanley Tilsley. Esperamos que caiga de un momento a otro.

—Y del jefe, ¿qué nos dice? ¿Qué pasa con el cabecilla?

—Por el momento, nada. Seguimos trabajando. No hay que impacientarse. En el

F. B. I.,

no se cuentan los días, las semanas ni los años: lo que cuentan son

los resultados. Y el resultado será, al fin, el que nosotros deseamos.

Roderick Arnold hablaba suave, pero enérgicamente. En sus labios vagaba una amable y simpática sonrisa.

—Y ahora —avanzó un tanto renqueante hacia la cama del herido— agradeceríamos nos dejaran solos.

—Una placa nada más y nos marchamos.

—Nada de fotografías por hoy. Otro día será...

Los periodistas salieron con el director de la clínica. Johnson Rowley presentó a su hija y a Mary Fergusson.

—Es mi prometida, pero hasta hoy no he querido darlo a conocer.

Ambos jóvenes se inclinaron ante las mujeres con un saludo que cualquier profesor de Sociología hubiera envidiado.

—¿Qué tal se encuentra, señor Rowley?

—Bastante bien. Ya sé que ustedes han estado también hospitalizados. Lo que ocurre en Chicago es algo inaudito. Pero les aseguro que, en lo que a mí respecta, nadie conseguirá hacerme desertar de mi deber.

Betty seguía en el borde de la cama y miraba alternativamente a uno y otro de los interlocutores.

—Quien piense eso de papá —intervino— lo conoce muy mal. No es por ahí por dónde...

Por primera vez, Dick Bailey, un poco al margen de la conversación, prestó mientes con detenimiento en la joven y se confesó que era la muchacha más angelical que había visto en su vida. Roderick Arnold, por el contrario, no tenía ojos más que para la prometida del político, para la que, dicho sea de paso, parecía hablar solamente, aunque dirigiéndose a Rowley.

—Veo —dijo sonriente, refiriéndose a Betty— que en su hija tiene usted su mejor abogado.

—Ni más ni menos... Y no crea usted que no la he echado de menos. Temí morirme sin haberla vuelto a ver.

«Este hombre adora a su hija», pensó Roderick.

Y Dick:

«Marcha atrás, Dick. No vayas a dar un resbalón. Eres muy poca cosa para ella. Su padre jamás consentiría en nada que pudiera concluir en boda entre ella y tú. Probablemente —¡y tiene razón, qué diablos!— querrá algo sumamente mejor para yerno...»

Sus pensamientos fueron rotos por la llegada del director del hospital, acompañado ahora de una enfermera.

—Señor Rowley —dijo—; todo está dispuesto, pero tengo que objetarle, una vez más, que no debiera moverse de aquí. El peligro no ha pesado todavía.

—No insista, doctor; lo tengo decidido. Con mi hija y mi prometida al lado, prefiero la intimidad de mi casa... Además, ya he admitido sus dos enfermeras para que me acompañen, por turnos, en todo momento.

—No es igual; puede haber una recaída. Aquí todo está a mano, pero allí...

—Tranquilícese, doctor. Y no sea tan pesimista.

—Como usted quiera. Pero luego no diga que no le previne... La ambulancia está abajo.

—¿Piensa dejar el hospital? —intervino Roderick.

—Así parece. Perdone que no se lo haya dicho antes. Apenas si tuve tiempo. Pensaba que la pareja de policías que hacen guardia ante mi habitación me acompañaran; pero ahora, si no les importa, prefiero que lo hagan ustedes también. Aquí, entre nosotros, diré que tengo más confianza en los hombres del

F. B. I.,

que en los de la Metropolitana. Además, son mejor educados, más distinguidos; yo les llamaría a ustedes los «*gentlemen*» de los policías —acabó, con cierto retintín.

—Gracias —contestó Roderick, un tanto secamente—. Será un honor para nosotros servirles de escolta.

Rowley no lo percibió; pero, al hablar, los ojos de Roderick se habían posado en los verdes de Mary Fergusson, y ésta le sostenía la mirada decidida, tal vez un poco halagada, y, desde luego, interesada vivamente por el reposo con que el Inspector del

F. B. I.,

se expresaba.

El director del hospital pulsó el timbre de un modo convenido y poco después aparecían dos camilleros.

—Bueno —suspiró el galeno— la cosa está hecha. Yo le visitaré todos los días, pero tengo que insistir en que es una temeridad.

—Inútil, doctor; estoy decidido y nadie legrará hacerme desistir; lo siento.

Ante un gesto del director, los camilleros, hombres fornidos, trasladaron al herido, tal y como se encontraba vestido con un simple pijama, de la cama a la camilla. Johnson Rowley, aunque hizo grandes esfuerzos para mostrarse insensible al dolor, palideció intensamente y se vio obligado a morderse los labios para no gritar. En el momento que lo cubrían con dos mantas, tuvo un ligero desvanecimiento.

—¡Papá!

—¡Paren! —gritó el director a los camilleros—. No consentiré que abandone el hospital en tal estado. Pudieran soltársele algunos puntos. Tal vez provenga, una hemorragia.

Rowley, sacando fuerzas de flaqueza, gritó a su vez:

—¡Basta ya, doctor! Me fastidia tanta oficiosidad. He dicho que me iré a casa y me iré, contra todas sus predicciones de mal agüero.

—¡Calma, papá!

Roderick Arnold, Dick Bailey y la propia Mary Fergusson inclinaron la cabeza, un tanto confusos ante la destemplanza de Johnson Rowley. Al primero, sobre todo, le hizo un efecto desastroso la obstinación del herido y sus palabras improcedentes.

El doctor se encogió de hombros, algo pálido, y los acompañó hasta la salida. Allí se despidió con una simple inclinación de cabeza y volvió a entrar en el edificio en cuanto la ambulancia hubo arrancado.

Inmediatamente delante de ésta iban los dos agentes motoristas que como guardia personal, le había puesto a Johnson Rowley la Policía Metropolitana, por temor a que el frustrado atentado de la carretera de Aurora se repitiera. Detrás, a unas yardas de distancia, el coche del

F. B. I.,

con Roderick Arnold y Dick Bailey como únicos ocupantes. Dentro de la ambulancia, acompañando al herido, la enfermera, Betty Rowley y Mary Fergusson. En el automóvil de ésta, conducido por su chofer particular, abrían la marcha los dos camilleros, con el equipaje de la hija del político.

La comitiva avanzó a buen paso en busca de la carretera de Milwaukee, Wisconsin, que bordea el Michigan. Roderick Arnold tenía entendido que la villa, de Johnson Rowley se encontraba a unas cinco millas de Chicago, en aquella dirección, a orillas del

lago, entre un bosquecillo de abetos, palmeras y sauces.

—¿Has visto qué niña tiene el tal Rowley? —preguntó, luego de un prolongado silencio, Dick Bailey.

—Si te he de ser franco —respondió Roderick—, apenas si me he fijado en ella. Estando presente Mary Fergusson, Betty Rowley queda un poco difuminada, ¿no crees?

—De ninguna manera. Es mucho más guapa la joven.

—Será para ti; a mí me gusta más la mayor.

Habían puesto tal ardor en sus palabras tanto el uno como el otro, que acabaron mirándose y soltando la carcajada. Al fin, Roderick dejó de reír y prosiguió:

—Te concedo que Betty es deliciosa.

—Y yo que Mary es estupenda. Pero, sin embargo, las dos están para nosotros igualmente inaccesibles. Mary se encuentra comprometida; Betty... es hija de su padre.

La ambulancia, haciendo sonar con insistencia la campanilla, corría ahora a buena marcha por la venida Robey. Los motoristas se habían adelantado un poco en su afán de seguir al automóvil ocupado por los camilleros y las maletas de Betty Rowley. En vista de ello, acortaron la marcha. Roderick Arnold y Dick Bailey, por el contrario, se vieron precisados a acelerarla, pues en un paso de peatones estuvieron a punto de perder de vista al coche de la Cruz Roja, al tener que frenar, durante breves segundos, para evitar un tropel de gente que se había lanzado a la calzada, en cuanto vieron el disco abierto, sin tener en cuenta el aviso de la sirena del coche del

F. B. I.

Exactamente dos segundos después de este contratiempo, surgió otro imprevisto: un enorme camión de un guardamuebles se paró en medio de la avenida, viniendo de la Eslon. De no frenar en el acto hubieran chocado contra él. Dick chilló al conductor del imponente vehículo que les dejara libre el paso, pero el hombre ni se inmutó. Había saltado de la cabina, levantado el «capot» y metido la cabeza en el motor, donde estuvo manipulando por espacio de algunos minutos, paralizando por completo el tráfico rodado.

Roderick Arnold hacía sonar la sirena repetidamente y los coches que se habían ido conglomerando detrás del

F. B. I.,

también hacían sonar los «claxons». Se formó una algarabía tan terrible, que tuvieron que intervenir algunos policías. Al fin, el camión arrancó y los automóviles pudieron avanzar. En cabeza, como estaba en la fila, el conducido por Roderick; pero, aunque lo hicieron a gran velocidad, ni Roderick ni Dick consiguieron avistar la ambulancia.

—Creo que nos han tomado lindamente el pelo. El que ese camión nos haya parado, no debe de haber sido casual.

El inspector metió a fondo el pie en el acelerador. De pronto frenó en seco. Los dos motoristas venían hacia ellos.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Y la ambulancia?

—No tenemos ni idea. Aquí el tráfico es cada vez mayor. Íbamos pendientes de abrirla camino, cuando dejamos de oír su campanilla. Volvimos la cabeza y no la vimos. Entonces dimos la vuelta y aquí estamos. Me temo...

—Yo también me lo temo, amigo. Nos le han raptado de delante de nuestras propias narices. Pero sólo hay una calle por la que hayan podido torcer: la Fullerton. Ustedes subirán hacia arriba, hacia el lago; nosotros lo haremos por la parte contraria. Por fuerza, alguien tiene que haberla visto y nos darán razón de ella.

Roderick maniobró para dar la vuelta, y medio segundo después, avanzaba a sesenta por hora por la avenida Fullerton. Un paso de peatones y el guardia correspondiente les orientó. En efecto, por allí había pasado la ambulancia hacía cosa de dos minutos.

Dejaron con la palabra en la boca a su informador y siguieron adelante. Poco después la avistaron. Volaba más que corría hacia las afueras de la ciudad, dando bandazos al intentar esquivar el cuerpo de algún peatón o de algún vehículo. Pero el automóvil de los del

F. B. I.,

era mucho más rápido y la distancia, se acortaba a ojos vistas. Sonaba la sirena y sus estridencias se confundían con el din-dan de la campana.

Llegaron a los arrabales, los dejaron atrás, y tanto la ambulancia como el coche que le seguía tomaron por la carretera de Elgin. Minutos después, los del vehículo perseguidor vieron cómo el perseguido frenaba junto a un tercero que había parado en la

carretera. Dos individuos saltaron de la ambulancia y se dirigieron al último. Mientras lo hacían, uno de ellos se iba despojando de su blanca bata y arrojándola a tierra, en unión de su gorra de plato.

—¿Más traidores? —masculló Roderick.

El automóvil que esperaba en la carretera partió como una saeta. Mary Fergusson, Betty Rowley y la enfermera abrieron la portezuela posterior y se asomaron a ella llenas de pánico. No se explicaban aun lo que había ocurrido.

Los del

F. B. I.,

pasaron de largo en persecución de los que huían. Ellos si sabían a qué atenerse. Había sido un intento de rapto que, gracias a su rapidez en obrar, había fracasado. Pero aún les quedaba algo por hacer: dar caza al vehículo, apresar a sus ocupantes y hacerlos «cantar», no ya sobre sus intenciones, que éstas estaban demasiado claras, sino de quién recibían las órdenes. Porque habían pasado quince días y, pese a la estrecha vigilancia a que Fredmay había estado sometido, todavía se encontraban en el principio. Nada sabían en absoluto, ninguna prueba tenían de la participación de este último en cuanto estaba ocurriendo en la ciudad. Y había que darse prisa, pues la opinión pública reclamaba al responsable, cada vez con más calor, a medida que el día de las elecciones se acercaba.

—Saca el fusil ametrallador, Dick. Debemos prepararnos.

La distancia se iba acortando entre perseguidos y perseguidores. Dick Bailey levantó uno de los asientos y extrajo de él el arma a que Roderick se había referido. La examinó y puso en ella el cargador correspondiente. Luego levantó el parabrisas y apuntó a la altura de las rueda posteriores del coche que los precedía.

—Voy a acelerar lo máximo. Cuando tengas alguna probabilidad de acertar, dispara sin contemplaciones.

Dick asintió con un movimiento de cabeza. La aguja del cuenta millas iba ascendiendo gradualmente. De cincuenta y cinco había llegado a sesenta; luego, a sesenta y cinco; incluso, a setenta. La cinta de la carretera se estrechaba más y más. Los árboles que la marginaban avanzaban hacia el coche y quedaban atrás a una velocidad de vértigo. Pero Roderick seguía sereno en el volante y Dick sobre el fusil ametrallador.

Se acercaban a una curva. La línea de la pista se borraba tras un bosquecillo de enebros, salpicados de algún que otro pino. Antes de que Bailey quisiera disparar, lo hicieron los «gangsters», pero sin resultado positivo. El joven no se alteró; seguía afinando su puntería, para cuando su hora llegara. Mas la curva le impidió hacerlo. El automóvil de los pistoleros desapareció detrás de la masa verdinegra de los árboles. Al avistarlo de nuevo, la distancia entre ambos se había acortado de tal forma, que Roderick sospechó algo, que le obligó a frenar de pronto y tomar precauciones.

—¡A tierra, Dick! Creo que nos han tendido una emboscada. Ese automóvil ha estado parado un segundo, tiempo suficiente para que algunos de sus ocupantes hayan saltado de él y nos esperen, al acecho.

No había aún concluido de hablar y ya estaba Dick en el centro de la carretera, fusil al brazo.

—Echemos una ojeada —dijo—. Todo puede ser. Allí parece que hay marcadas las huellas de un frenazo.

Roderick saltó a su vez del vehículo, pistola en mano. Iba, a decir algo, empezó a hablar, pero el tableteo característico de una ametralladora le cortó las palabras. Ahogó un grito de indignación. Dick Bailey se encogió sobre sí mismo, alcanzado de lleno. En su rostro había una indescriptible expresión de dolor.

—Esta vez sí que... me... han cazado —le oyó murmurar—. ¡Perros malditos...!

El fusil ametrallador dejó escapar unas ráfagas. Si muchas de sus balas se perdieron, otras, en cambio, consiguieron alcanzar carne. Un alarido infrahumano le dio la medida de su éxito antes de que se viera obligado a soltar su arma y a caer hacia adelante, desarticulado, roto...

Roderick Arnold echó cuerpo a tierra y se arrastró hasta donde Dick Bailey yacía. Le puso la mano sobre el corazón y notó que, aunque débilmente, estaba latiendo. Diligentemente, el inspector del

F. B. I.,

taponó como mejor pudo las heridas de su camarada, mientras las balas disparadas por sus enemigos siseaban sobre su cabeza. Una vez concluido su trabajo, arrojó a un lado su pistola, recargó el fusil que Bailey se había visto obligado a abandonar y, pálido de rabia,

se fué arrastrando.

Un automóvil apareció en lontananza, avanzando a buena marcha sobre el lugar de la pelea. Se disponía a frenar, pero los «gangsters» lanzaron sobre él una lluvia de balas. Amedrentados, sus ocupantes reanudaron la marcha, para hacer alto a unos centenares de yardas más allá. Del vehículo descendieron un hombre y una mujer, únicos testigos por el momento del espectáculo casi épico de la lucha entre el hombre del

F. B. I.,

y los fuera de la ley.

Detrás del primero, otros coches se fueron estacionando a medida que el tiempo pasaba. Más nadie se atrevió a acercarse al lugar en que las balas transmitían sus mensajes de muerte. Los disparos de los pistoleros mantuvieron a raya a todo el mundo.

A todo el mundo menos a Roderick Arnold. Éste continuaba detrás de uno de los guardacantones que bordeaban la carretera. Desde allí había conseguido localizar a sus contrarios y centraba sobre ellos los repetidos disparos de su fusil. Un grito de agonía y unos brazos que se abrieron en aspa antes de caer un cuerpo hacia atrás fué la señal que Roderick descubrió para pensar que había hecho blanco.

En aquel momento, la ambulancia en que Johnson Rowley viajaba hizo su aparición en la curva. De ella saltaron Mary Ferguson. Betty Rowley y un hombre desconocido para Roderick. Mary se encaró con los curiosos:

—¿Es que no hay aquí ni un solo hombre entre tantos como llevan pantalones?

El que había venido en la ambulancia comenzó a correr por el lado contrario al en que los «gangsters» se parapetaban. Betty Rowley y Mary Ferguson le siguieron. Apenas llegó donde el coche del

F. B. I.,

se arrojó al suelo y se arrastró hasta donde yacía Dick Bailey. De junto a su cuerpo cogió la pistola abandonada por Roderick y se volvió a arrastrar, hasta ponerse a la altura de éste. Ninguno de los contendientes disparaba ahora. El recién llegado preguntó dónde estaba el enemigo.

—Soy el chofer de la ambulancia —aclaró—. Acababa de salir

del garaje, cuando me pararon unos desconocidos. Se acercaron como a preguntarme algo, y cuando me tuvieron a su alcance, me golpearon la cabeza, hasta hacerme perder el conocimiento. Me dejaron abandonado en el «baquet» y... Dígame dónde están. Necesito desquitarme.

Mary Fergusson y Betty Rowley, exponiéndose a ser alcanzados por los proyectiles, de reanudarse la lucha, se habían acercado a Dick. Betty percibió que su corazón se llenaba de ternura y sus ojos de lágrimas ante aquel cuadro.

—Vamos a retirarle de aquí inmediatamente. ¡Se va a morir!

—No hagan eso, señoritas. No lo muevan. Pudiera sobrevenirle una hemorragia interna. En cambio, pueden hacer una, cosa: miren a ver si entre aquella gente hay algún doctor y háganlo venir.

Betty salió corriendo. Mary, valerosa, se reunió con Roderick y con el chofer.

—Si necesita una ayuda, inspector, me tiene a sus órdenes.

Roderick la rogó que le acercara algunos cargadores de los que Dick tenía en el bolsillo; en aquel instante, la lucha se reanudó.

—Manténgalos a raya, amigo. Yo voy a procurar cogerlos por la espalda. Ahí tiene más munición para la pistola.

Cuando Mary Fergusson entregó a Roderick los cargadores, una llamita de admiración ardía en sus pupilas. Los dedos de ambos se tocaron y un escalofrío de Intenso placer recorrióles la medula.

—¿Puedo ayudarle en algo más?

—Ayudando a mi compañero. Gracias, señorita Fergusson.

Roderick Arnold se deslizó hacia la cuneta y desde allí caminó un buen trecho hasta hallar un pequeño puente sobre la carretera. Bajo él, el inspector cruzó del lado en que estaban los «gangsters». Éstos, entretenidos por el chofer, no le advirtieron. Inclinado hacia adelante, Roderick avanzó, resguardado siempre por les matorrales y los accidentes del terreno. Cinco minutos después se encontraba a menos de quince yardas del enemigo.

Siguió avanzando, cada vez con mayores precauciones. Algunas de las heridas, aún sin cicatrizar del todo, se le hablan abierto y sangraban: pero él no hizo caso, pendiente de su trabajo. Unas yardas más, y, parapetado tras la linde de una de las tierras de labor, encañonó a los malhechores. Había dos tendidos en el suelo y otros dos defendiéndose a la desesperada.

—¡Ríndanse! —gritó—. Los tengo bajo el punto de mira de mi fusil y dispararé si no se entregan.

Los dos pistoleros lanzaron una maldición. Sin descubrirse mucho para el tirador de la carretera, que había cesado en aquel momento de disparar, por miedo a herir al inspector del

F. B. I.,

volvieron las ametralladoras contra éste, guiados por su voz. Los proyectiles se incrustaron en el césped, tan cerca de Roderick, que la tierra le saltó a la cara y le hubiera cegado de no cerrar a tiempo los ojos.

Pálido de ira, apretó el gatillo. Una, dos, diez veces. Los «gangsters», sin cesar de disparar, se doblaron, alcanzados por los proyectiles del inspector. Luego dejaron caer las armas y se llevaron las manos al vientre. Una breve fracción de segundo y enseguida caían a tierra, de bruces, bañados en su sangre. Cuando Roderick se acercó a ellos, ninguno alentaba ya.

De regreso en la carretera, el chofer de la ambulancia le felicitó tartamudeando de admiración. Mary Fergusson, por su parte, le cogió instintivamente de un brazo y murmuró, entusiasmada:

—¡Es usted un valiente!

Los demás personajes se iban acercando; pero Roderick sólo tenía un pensamiento: cómo estaría Dick. Preguntó por él. Mary Fergusson respondió que lo habían trasladado a la ambulancia.

—Ese chico ha tenido suerte, después de todo. Entre los curiosos había un doctor con instrumental. Lo está operando con ayuda de la enfermera. Tiene esperanzas de que salve. Betty se encuentra allí con él.

Merced a estas noticias, Roderick Arnold tuvo ya mejor humor para mirar a la prometida de Johnson Rowley. Y tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no cogerle la mano que llevaba posada en su brazo, acariciársela y decirla todo lo bonita que estaba.

En aquel momento llegaban los motoristas de la guardia de Rowley. El inspector del

F. B. I.,

les rogó que montaran una centinela cerca de los cadáveres, entre tanto llegaba él a Chicago y mandaba, venir al furgón para que los recogiera.

Veinte minutos después, la operación de Dick Bailey había concluido, y, al anochecer, la caravana de coches que seguía a la ambulancia entraba en la ciudad. En el del

F. B. I.,

viajaban juntos, sin atreverse a mirarse, por temor a descubrir los sentimientos que les embargaban, y también por ciertos escrúpulos de conciencia al pensar en Johnson Rowley, Roderick Arnold y Mary Ferguson. En verdad, la millonaria y el inspector hacían una magnífica pareja.



Ha salido una publicación infantil, de dibujos,
moral y amena:

AVENTURAS DEL F. B. I.
¡ENCANTARA A TUS HIJOS!

VII



ODERICK Arnold frenó su automóvil frente a The Transatlantic y se dirigió con su paso característico hacia una de las puertas. Salvada ésta, se vio asaltado por la lánguida voz de Vilma Méndez, interpretando uno de sus célebres boleros. Entre los espectadores reinaba un silencio absoluto, casi religioso. Por temor a hacer ruido, Roderick se paró antes de bajar los tres peldaños que le separaban del salón, después de haber entregado su gabardina y su sombrero en el guardarropa, que estaba en la misma entrada, a mano derecha.

Vestía con maravillosa, desenvoltura su traje de etiqueta y prendió un cigarrillo con gesto entre sereno e impaciente. Sus ojos acababan de ver, sobresaliendo de aquel mar de cabezas, una nuca, un cuello y una espalda desnuda, que en modo alguno había esperado encontrar allí. La nuca, el cuello y la espalda de Betty

Rowley. Y no estaba sola. Fredmay se sentaba, junto a ella, mirándola insistentemente, a hurtadillas. Esto fué lo que a Roderick no le permitió encender su cigarrillo con toda calma.

Concluida la canción, mientras sonaban los aplausos, el inspector del

F. B. I.,

avanzó hacia la pareja; pero, cuando quiso llegar, ya Fredmay se incorporaba, dispuesto, al parecer, a marcharse. Al verle cambió de idea y le esperó, sonriente.

—¡Hombre! ¡El señor Arnold por aquí!... ¡Cuánto placer! Casi estoy por alegrarme de ser un sospechoso. Desde que ocurrió «aquello», casi todos los días hay un par de clientes, que de otro modo jamás hubieran puesto los pies en este establecimiento: sus agentes, inspector. Y le prevengo que no desentonan, y que, además, pagan bien. Hoy es usted mismo el que me honra con su presencia. ¿Trae una orden de arresto, de registro o quizá viene como simple cliente?

—Vengo como cliente y al mismo tiempo como policía. Es una manía, que tenemos muy arraigada. Dondequiera que estemos, los hombres del

F. B. I.,

procuramos observar... y, a veces, conseguarnos magníficos resultados.

—Perdóneme un momento, inspector. He de hacer los honores a algunos otros de mis clientes. ¡Ah! No le he presentado a la señorita Rowley, porque supongo que ustedes se conocerán ya.

Betty Rowley había vuelto su rostro hacia Roderick desde que éste apareció, y ahora le sonreía con sonrisa abierta y cordial. Sin preámbulos de ninguna clase, el inspector manifestó su sorpresa por encontrarla allí.

—¿Cómo se ha atrevido a venir sola a este antro?

La joven sonrió con picardía.

—¿Quién le ha dicho a usted que haya venido sola? No soy tan audaz ni tan loca como usted me supone... A lo sumo, soy una chica moderna, en el mejor sentido de la palabra, pero nada más... Me acompaña Mary Fergusson, señor mal pensado. Sólo que ha ido al tocador un momento. No creo que tarde en volver. Me ha dejado sola a propósito para que yo tanteara a Fredmay. Hemos querido

jugar un poco a inspector Roderick, pero le aseguro que, en lo que a mí respecta, no me va.

Betty hizo una pausa. Roderick Arnold sonrió y la invitó con un gesto a que siguiera. La joven lo hizo:

—Pensé presentarme aquí con nombre supuesto, como una rica heredera caprichosa y alocada, para ver si conseguía que Fredmay se fijara en mí y así sonsacarle cosas; pero resulta que, tanto a Mary como a mí nos conoció a la primera mirada. ¡Nos han retratado demasiado los periódicos a las dos!

Durante el parlamento de la joven, Roderick Arnold percibió que, junto a la ironía, había cierta trascendencia en las palabras de Betty. No sabía en qué medida, pero se figuraba que en aquella cabecita había bullido la idea de correr una aventura, que, en verdad, era más peligrosa de lo que ella se pudiera imaginar.

—No ha debido hacerlo —aconsejó el inspector, hablando también en un tono entre irónico y trascendente—. Deje estas cosas para nosotros, los policías, que somos los que cobramos del Gobierno. No se preocupe, que si Fredmay es culpable, su culpabilidad, más tarde o más temprano, será puesta por nosotros de manifiesto. Usted, si quiere hacer algo por nuestra causa, encárguese de seguir visitando como hasta aquí a Dick en la clínica. Él se lo agradecerá...

Mientras hablaban, Roderick Arnold no había cesado de dirigir sus miradas hacia la puerta del tocador. Al fin vio aparecer en ella, deslumbradora, a Mary Fergusson. Llevaba un vestido de satén, un peinado a la última moda, fabricado con plumas blanquísimas entretejidas con sus cabellos, y el cuello cuajado de perlas. Betty no había advertido nada o se hacía la desentendida.

—Me gusta ese Dick —dijo—; es un chico excelente.

Roderick no contestó. En cambio, para sí mismo, se confesó que a él también le gustaba, y mucho, Mary Fergusson, y que, sin embargo, sería como si no. Ni ella, Betty, en buena lógica, podía descender hasta Dick; ni él, Roderick, un simple inspector, aun en el caso de que no estuviera prometida a Rowley, podía aspirar a la hermosa millonaria.

Ésta se había acercado a ellos con una de sus mejores y más amplias sonrisas. Roderick Arnold la recibió en pie, esforzándose por no dejar traslucir lo que pasaba en su interior.

—¿Cómo está, inspector? ¡Qué sorpresa más agradable! ¿Acaso sabía que nosotras estaríamos aquí?

En el tono de la mujer había algo entre la coquetería y el anhelo.

—No lo sospechaba siquiera —contestó Roderick, con premeditada poca galantería—. Estoy aquí en acto de servicio: pero, de todas formas —rectificó—, me alegra mucho haberlas encontrado.

Fredmay regresó. Ni por un instante desaparecía de él su proverbial sangre fría ni su sonrisa. Dijo al llegar:

—¿Cómo es eso? ¿Todavía no han vaciado la botella de champaña? No estoy decidido a consentirlo. Sería un desacato. Bebamos, inspector, que, cuando ésta se agote, descorcharemos otra. No siempre vienen por aquí clientes de la categoría de estas señoritas... ni de usted, inspector... Espero que esto sea el principio de lo que hace años estoy esperando: que la verdadera aristocracia de la ciudad se digne comprender que en The Transatlantic tienen el lugar mejor, más cómodo y más elegante.

Fredmay, mientras hablaba, había escanciado licor en las copas. Se disponían a beber, cuando la orquesta atacó una samba. Por lo visto, allí estaban a la orden del día los ritmos brasileños. Vilma Méndez se acercó a la mesa con sus pasos de felino.

—¿Me presentas a las señoritas, Fredmay...? ¡Digo...! Y al señor, por supuesto...

Fredmay hizo las presentaciones de rigor. El camarero trajo una copa más.

—¿Qué, no les gusta la samba? —preguntó la recién llegada—. A mí me encanta.

Todavía no se había sentado. Inició unos pasos de baile y dijo:

—Perdonen. Es algo que llevo en la sangre. Una vocación arraigadísima, pueden estar seguros.

Más que a las mujeres, Vilma se dirigía a Roderick. Éste comprendió la indirecta; le estaba pidiendo que la sacara a bailar. Se hizo el desentendido, pero Vilma no se dio por vencida. Con su sonrisa más sugestiva y aquélla su especialísima entonación de voz, se acercó a Roderick:

—¿Por qué no es usted bueno, inspector, y me saca a bailar? Me muero de ganas de hacerlo. ¡Digo!... Si su novia me lo permite.

—No es mi novia —saltó Roderick—. Esta señorita es la

prometida de Johnson Rowley.

—¿El político ese que está dando tanto que hablar? ¡Digo! Y mientras él está en cama se divierten ustedes juntos. ¡Magnífico! Eso sí que es entender la vida.

Pese a lo sugestivo de su voz, a Roderick le resultó antipática Vilma. No obstante, la ofreció los brazos para la danza. El ritmo de la samba le hizo olvidarse por unos momentos de todo, incluso de su pareja. A él también le encantaba la música. No sabía cuánto tiempo llevarían bailando cuando, de improviso, en la sala se armó un tremendo revuelo. Dos individuos enmascarados, armados con sendas metralletas y un par de bombas de mano cada uno, amenazaban a la concurrencia, mientras un tercero, enmascarado también, y también armado con pistola ametralladora, avanzaba decidido hacia la mesa donde se encontraban Fredmay, Mary Ferguson y Betty Rowley.

Vilma Méndez ahogó un grito de conejo y fué a ampararse en el cuerpo de Roderick. Éste intentó sacar un arma; pero la cantante, perdido el control de sus nervios, se había abrazado a él de tal modo, que le era imposible hacer sin forcejeo lo que se proponía y forcejear equivaldría a llamar la atención de los que desde la puerta espiaban cualquier movimiento sospechoso.

El tercero de los enmascarados se acercó decidido a la mesa en que se hallaba Fredmay con las dos jóvenes. El dueño del «*cabaret*» fué invitado a levantar los brazos, lo que hizo presuroso. Betty y Mary, asustadas, miraban hacia la pista de baile. Sabían que sólo de allí podría venirles ayuda.

El enmascarado metió el cañón de su arma, sin la menor consideración, en las espaldas de Betty.

—Vamos, señorita: levántese y siga hacia la puerta. Venimos a darla un paseíto.

Mary Ferguson se levantó a la vez que la hija de su prometido. Lo que fuera de una quería que lo fuera de otra. El «gángster» la detuvo:

—¡Usted, no! Sólo nos interesa la hija. Las prometidas significan menos. Y nosotros queremos hacer entender a Johnson Rowley que ha de ser complaciente. O retira la candidatura o a su hija le sucederán cosas que horrorizarían a cualquier chica decente...

—¡No vayas, Betty! ¡No les obedezcas!... —gritó Mary—.

¿Dónde está el inspector...? ¡Inspector Arnold! ¡Se la quieren llevar!... ¡Soco...!

El bandido cruzó la cara con indignación.

—Si alguien intenta oponerse, morirá —dijo con fiereza, ante un movimiento todavía indeciso de la gente—. Y usted, inspector, escuche: hasta ahora le han salido las cosas demasiado bien; pero puede ser que de hoy en adelante sea distinto. No intente nada, porque, de lo contrario, la señorita Betty morirá aquí mismo.

La joven, demudada, temblorosa, pidió ayuda con voz truncada:

—No me importa morir; prefiero la muerte a...

Roderick Arnold escuchó perfectamente aquellas palabras. Pero, por el momento, no debía ni podía intervenir. Aquel bandido era muy capaz de cumplir sus amenazas. Y, además, quedaban los dos «gangsters» de la puerta. En caso de que él lograra disparar contra el que se llevaba a Betty, los otros lo harían sobre la concurrencia y la carnicería sería enorme. Decididamente, la ocasión de intervenir no había llegado aún.

Por si esto fuera poco, la histérica Vilma seguía impidiéndole en gran medida cualquier movimiento. Temblaba toda ella, y no parecía tener ánimos de aflojar el abrazo con que había apresado a Roderick.

—No se mueva, por Dios; no intente nada. ¡Nos matarán! ¡Nos matarán! —decía la cantante, con voz tomada de pánico.

Pero Roderick ya no la escuchaba, pendiente de los pasos de Betty y del pistolero. Los dos que esperaban cercanos a la puerta cogieron a la joven de un brazo y la medio arrastraron hacia la calle. El que la había acompañado hasta allí dejó escapar una carcajada. Su metralleta apuntó a la araña de cristal y disparó sobre ella. Esto le perdió. Al apagarse la luz del interior del «*night-club*», la silueta del bandido se recortó contra la que venía de la calle. Y poco más necesitaba Roderick para hacer blanco.

Arrojó lejos de sí de un tremendo empujón —no había otro remedio— a la descompuesta Vilma, y, con rapidez de centella, extrajo de debajo, de la axila su pistola de reglamento. Un disparo seco, y el cuerpo del «gángster» se dobló en el momento que alcanzaba el umbral. Otro más y mordía el polvo, cuando intentaba, en un último y desesperado esfuerzo, levantar su arma para repeler la agresión.

A estos disparos de Roderick Arnold siguieron otros de distintas partes del salón, hechos por los guardaespaldas de Fredmay. El inspector corrió hacia la salida, y en ella se encontró con el dueño de The Transatlantic, que empuñaba una pistola.

Antes de que Roderick hubiera querido salir a la calle, Fredmay estaba ya en ella y disparaba sobre los fugitivos, que huían hacia un coche parado en las cercanías del palacete en que muriera Stanley Tilsley.

Comoquiera que la muchacha se resistía, la marcha de los raptos era penosa. Uno de éstos, pérdida la paciencia, la abofeteó. Betty reaccionó, y opuso más resistencia aún. Entonces, los «gangsters» optaron por arrojarla al arroyo de un empujón y salir corriendo.

Fredmay seguía disparando, pero sin hacer un solo blanco. En cambio, el inspector, en el momento que el último de aquéllos llegaba al estribo, lo alcanzó de lleno. Su compañero lo agarró por la solapa de la gabardina antes de que cayera al suelo y lo ayudó a subir al vehículo. Roderick Arnold corrió hacia el suyo para salir en su seguimiento; pero se encontró desagradablemente sorprendido al percibir que habían estropeado alguna pieza vital del motor.

—No importa, inspector; se han llevado una lección, que no olvidarán tan fácilmente.

Se acercaron a Betty. El inspector, de mal talante, había visto desaparecer el coche de los pistoleros. Mary Fergusson, por el contrario, parecía alegrarse de que Roderick no se expusiera por el momento a más peligros. La primera, lloraba con llanto nervioso, recostada su cabeza en el pecho de la prometida de su padre. Así estuvo durante algunos minutos. Cuando entre todos lograron calmarla, se volvió hacia Roderick para agradecerle su intervención. Enseguida hizo lo propio con Fredmay y con los hombres de éste, que habían salido a la calle también. El dueño de The Transatlantic sonrió.

—He hecho lo que debía; nada más.

Betty le ofreció la mano, que él retuvo con demasiada complacencia.

—A pesar de todo, muchas gracias, señor Fredmay.

A Roderick Arnold, no supo por qué, le desagradó aquella escena. Recordó a Dick, tendido en una cama del hospital y tal vez

pensando en Betty, y no pudo por menos de torcer el gesto. Mary Ferguson le sorprendió y sospechó que había sido a causa de verse obligado a desistir de marchar tras los pistoleros. Dejó a Betty, que se encontraba mucho más repuesta, y se acercó a él. Una vez más, puso familiarmente su mano sobre el brazo del inspector.

—Si tanto siente haberles dejado escapar —dijo— ha podido usar nuestro automóvil. También es potente y veloz.

—No había tiempo material. Pero podemos dar gracias a la Providencia de que todo haya acabado así. En adelante, guárdense mucho. No siempre saldrán las cosas como hoy.

—Gracias a usted, inspector, y al señor Fredmay —intervino Betty—. Lo han hecho muy bien y les estoy muy agradecida. Pero aún lo harán mejor y se lo agradeceré más si nos acompañan a casa.

Aprovechándose de la especial disposición de ánimo de la joven, Fredmay la había echado, protector, un brazo sobre los desnudos hombros. Suavemente, mientras caminaban, la atraía hacia sí. Ella no parecía, darse cuenta, pero Roderick, sí, y arrugó el ceño. No sabía explicarse aún por qué, todo lo que había pasado allí aquella noche le resultaba demasiado raro. Y se prometió meditar despacio sobre los acontecimientos.

Ha salido

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡DIBUJOS DE UN GRAN MAESTRO!

¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!

PRECIO: ¡1,25 ptas.!

VIII



BUENO, Dick; te dejo. Mi visita se ha prolongado más de lo que debía. Las elecciones se han iniciado y esta calma chicha que se observa en torno a ellas no me parece de muy buen augurio. En cualquier momento puede estallar la tormenta y debe cogernos prevenidos para contestar adecuadamente.

—¿Sigues vigilando al dueño de The Transatlantic?

—Más que nunca. Cada vez le tengo por más sospechoso. El incidente de hace unas semanas en su «*cabaret*» no me convenció en absoluto. El intento de secuestro de Betty, según mi parecer, no fué más que eso desde el principio: un intento.

—¿Piensas de veras lo que dices?

—Lo he meditado mucho y bien. Para que aquello fuera un simple simulacro, yo he hallado varios detalles y dos razones. Las dos razones son: primera, que Fredmay, sabiéndose sospechoso, quiso hacer desviar esas sospechas saliendo en defensa de la joven, y, segunda, que con este hecho pensaba granjearse, de rechazo, las simpatías de Betty.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tengo mis motivos. Los detalles a que antes me referí. Primer detalle: Vilma Méndez, fingiéndose asustada, secunda los planes de Fredmay, embarazándose los movimientos. Segundo, Fredmay dispara repetidas veces, y, aunque tengo entendido que es un gran tirador, no hace ni un solo blanco. Tercero, y éste es el de más peso, a mi entender, a Betty la soltaron los raptores porque quisieron. En el momento de hacerlo, estaban ya lo suficientemente cerca del coche para haberla subido a él, habérsela llevado y, ante todo, haberse servido de ella como escudo.

—Fredmay es un hombre astuto y seguro de sí mismo.

—Todos los criminales lo son; pero, a la larga, acaban por caer. Nosotros debemos estar preparados para cuando llegue ese momento. No hay prisa; siempre es tiempo para apresar a un delincuente.

—¡Esta maldita, herida! No me permitirá ayudarte como hasta aquí.

—No te preocupes; piensa que en este asunto nadie ha puesto una parte mayor ni mejor que la tuya.

—Gracias, Roderick...

—¡Adiós, Dick! Volveré a verte mañana.

Roderick Arnold volvió la espalda a Dick después de haber hecho, como saludo de despedida, un amago de puñetazo. Pero no llegó a la puerta. Dick preguntó si creía que Fredmay había conseguido su objetivo de interesar a Betty.

—Lealmente, creo que tú eres el favorito... De todas formas, pregúntaselo a ella. Ahí la tienes.

—¿No esperas a saludarla?

—¡Pues claro! A ella y a la compañía.

Dick Bailey sonrió.

—A la compañía sobre todo —dijo, mientras se arreglaba el

embozo.

Mary Ferguson y Betty Rowley entraron en la habitación. Ambas venían elegantísimas, como siempre, y más guapas que nunca. Parecía como si cada vez que se presentaban ante los jóvenes, todas sus gracias se hubieran aumentado. Betty traía en una de sus manos un paquetito que dejó sobre la mesilla, después de saludar a Dick y a Roderick.

—Cigarrillos —dijo, simplemente.

—¿Qué tal está su padre?

—Casi bien. Y mucho mejor con las noticias que tenemos. Todo el mundo vota por él. Incluso aquellos votos que teníamos por negativos, me parece que se están contando a favor.

—No me lo explico. ¿Por qué se matan entonces los «gangsters» con nosotros? ¿A qué se debe que, habiendo empleado la violencia en contra de la candidatura de su padre, ahora resulta que no usan contra él, como debieran, sus fuerzas electorales, todos esos votos fantasmas con que se respalda casi siempre esa gente?

Roderick hablaba más para sí que para los demás. Dick, por su parte, apenas si escuchaba, pendientes sus miradas y sus sentidos de los menores gestos de Betty Rowley. Mary Ferguson, aunque muy cerca del inspector, parecía hallarse a cientos de millas, a juzgar por la expresión meditabunda, seria y ausente de sus ojos.

Durante un momento, quizá respetando las reflexiones de Arnold, se sumieron todos en un silencio que el repiqueteo del teléfono se encargó de romper. Ponerse el auricular al oído y cambiar radicalmente la expresión de Roderick, todo fué uno. Dick Bailey lo percibió y quiso saber la causa.

—Estamos de enhorabuena, Dick. Ha ocurrido algo imprevisto. A nuestras oficinas ha llegado una denuncia anónima, por teléfono, acusando a Fredmay, y diciendo que, si obramos con tiento, dentro de una hora, en cuanto anochezca lo podremos detener, con algunos de sus inmediatos colaboradores, en el palacete colindante con The Transatlantic. ¡Dentro de una hora! Ya sabía yo que esta hora, llegaría, y por nada del mundo me hubiera gustado perdérmela.

—En cambio, yo me la pierdo —se lamentó Dick—. No hay derecho. El único servicio verdaderamente serio y peligroso y me pillan en la cama, como un inválido. Espera, Roderick: voy a intentar levantarme.

—No presumas delante de las chicas. Ya saben de sobra que eres un héroe. Además, esto va a ser un juego de niños. Ya lo verás. Tranquilízate y espera en tu camita los resultados finales.

—¿Qué resultados serán éstos? No sé por qué, se me figura que pronto estarás aquí, como yo. O, tal vez, en el Depósito de Cadáveres. Tú no me engañas, amigo... Yo sé que en esa redada más de uno caerá. Lo dicho: el hospital o el depósito...

Roderick Arnold se enfadó.

—¿Qué clase de broma es ésta?

En un susurro, Dick le respondió:

—Mira a tus espaldas y lo comprenderás. Buscaba una reacción en Mary; ahí la tienes. A ver cuando me haces a mí un favor como éste en lo que se refiere a Betty.

Roderick volvió la cabeza. Mary Fergusson, palidísima, se retorció las manos, presa de un gran nerviosismo. Betty trataba en vano de calmarla. En un principio, Roderick no alcanzó a comprender la verdad de aquella escena.

—¿Qué pasa? —preguntó, asustado, acercándose, solícito, a Mary—. ¿Está usted enferma?

—¡Enferma! —respondió, por ella, Betty—. ¿Cómo no ha de estarlo? Igual que lo estaría yo si ese mequetrefe de Dick tuviera que ir dentro de una hora a enfrentarse con esos bandidos, quizá en busca de la muerte...

—Pero es que... ¡No lo comprendo!

Betty le midió de arriba a abajo con una mirada desconcertante.

—Vamos, Mary... Cálmate, por el Cielo.

Mary Fergusson ahogó un sollozo en el pecho de Betty. Ésta le acarició los cabellos con mucha ternura y comprensión. Al cabo, mientras salían, Roderick oyó murmurar a la primera:

—¡Qué vergüenza...! Perdona, Betty; no lo he podido remediar.

—Comprendo, Mary. ¡Pero no seas tonta, mujer! ¡Me alegro, puedes creerme...! Al fin y al cabo, prefiero tenerte siempre por amiga que por madrastra.

—¿Qué le pasa a esa mujer? ¿Es que está neurasténica? —preguntó Roderick a Dick, al quedar solos.

Dick Bailey hizo un gesto de fastidio.

—Tú sí que estás neurasténico... Y ciego. ¿No has comprendido que Mary te quiere? Si no, ¿por qué se había de preocupar porque a

ti te rompieran esa cabeza de chorlito? Y Betty me quiere a mí, ya lo has oído... Ha dicho que se preocuparía, como Mary, si yo estuviera en tu lugar. ¡Magnífico!

Roderick Arnold se dio una palmada en la frente.

—¡Pues tienes razón! —dijo—. ¡Estamos de enhorabuena! ¡Adelante, Roderick! ¡Eres un tío de suerte!

Loco de alegría, el Inspector del

F. B. I.,

se despidió de su ayudante.

—Si vuelven por aquí, dílas...

—Yo se lo diré a Betty. Tú puedes decirle a Mary lo que quieras. No me gustaría estar en el pellejo de Johnson Rowley. Su hija y su prometida... Para morirse, amigo.

Roderick Arnold bajó de dos en dos los escalones de la clínica, pero ya no pudo alcanzar a Mary. El potente automóvil del prohombre político había arrancado llevándose a las dos mujeres. El joven saltó al suyo y se dirigió a las oficinas del

F. B. I.

Un cuarto de hora después estaba en ellas. Allí tenía un nuevo mensaje, esta vez de los agentes que vigilaban las inmediaciones de The Transatlantic.

Según ellos, en torno al palacete en que muriera Stanley Tilsley habían percibido algo sospechoso. Varios individuos nada tranquilizadores merodeaban por aquellos andurriales desde hacía rato. Parecía como si estuvieran observando. Nosotros los vigilamos a ellos —concluía el informe—; pero ellos parecen vigilarnos a nosotros.

—Según esto, la denuncia parece cierta —murmuró Roderick, frotándose las manos—. Empiezo a vislumbrar el principio del fin.

Reunidos sus hombres, el inspector del

F. B. I.,

les impuso de su proyecto. Irían en coche hasta la Calle 48. Desde aquí se acercarían andando al palacete, cada uno por su lado. A las ocho en punto empezaría una acción conjunta sobre la casa y sobre los; «gangsters» que espían fuera.

—No debemos dejar atrás ningún cabo suelto. Si conseguimos que los espías no señalen nuestra presencia a los del interior, nuestro trabajo se simplificará.

Anochea cuando Roderick Arnold y sus hombres subían a los automóviles que les esperaban a la puerta. Eran tres, a cual más aerodinámicos y lujosos. Sin apenas ruido, los motores se pusieron en marcha. Cuatro agentes, sin contar los conductores, iban en cada uno, mientras en el ocupado por el inspector él hacía el número seis. En total, catorce jóvenes, bien armados y bien aleccionados, que se proponían dar la batida final.

De trecho en trecho, los altavoces de algún cinema, la radio de algún café, daban la marcha de las votaciones. Siempre en cabeza, con una gran ventaja sobre sus contrincantes, Johnson Rowley. Estaba visto que los atentados habían sido contraproducentes. En lugar de restarle partidarios, lo que habían conseguido era formar un bloque compacto en torno a su candidatura.

Aunque hacía frío, las calles estaban, concurridísimas. El tráfico rodado era cada vez mayor, como si todos los vehículos del mundo se hubieran dado cita en aquellas calles del centro de Chicago. A medida que se alejaban de ellas, el movimiento iba decreciendo. Raudos y en silencio, los tres coches del

F. B. I.,

llegaron al lugar elegido de antemano para su estacionamiento. Los conductores se quedaron a su cuidado, y los demás siguieron su camino, confundidos entre los peatones y guardando las debidas distancias para no llamar la atención.

Diez minutos más tarde avistaban el «*night-club*». El que hacía de jefe de los agentes que vigilaban se acercó a Roderick, al verle venir. Hablaron unos segundos.

—A lo largo de la calle, a cada uno de los lados, hay tres individuos. El primero de la derecha está en la esquina; el segundo, junto a una farola, y el tercero, recostado en un buzón de Correos. Será fácil acercarse a ellos entre la multitud. Los de la izquierda se encuentran por este orden: uno, en la unión 82 de The Transatlantic con el palacete; otro, en la verja de este último, y otro, poco más allá, en la esquina con el callejón.

—¿Ha entrado alguien en el «chalet»?

—Nadie que nosotros hayamos visto. La puerta, como usted sabe, sigue precintada desde que el edificio fué clausurado por el Juzgado.

—Nosotros romperemos esos precintos. Tenemos que entrar,

pues hemos recibido una confidencia anónima de que ahí se reunirán Fredmay y algunos de sus hombres de confianza. Pero, antes de nada, mientras yo avanzo sobre el palacete, usted se encargará, puesto que los conoce, de detener a esos sospechosos. Será una acción conjunta, sincronizada. Como no tiene bastantes hombres, yo le proporcionaré hasta completar una docena, con usted. Es necesario que a cada uno de ellos se acerquen dos de los nuestros.

—¿A qué hora empezaremos?

—Son las ocho menos cinco. A las ocho en punto, yo cruzaré la calle. Para entonces, al menos los tres centinelas del palacete deben haber sido detenidos. Necesito el paso libre; pero háganlo con el mayor sigilo.

—¿Y si se defienden? ¿Y si gritan?

—Háganlos callar sin contemplaciones. Si hay que matar, maten.



—Si hay que matar, matar.

A aquélla, hora, la calle estaba muy concurrida. Confundidos con los demás ciudadanos, los hombres del F. B. I.,

que tenían a su cargo detener a los pistoleros apostados en los alrededores avanzaron sobre ellos. Los de la esquina de la derecha,

la farola, y el buzón, se dejaron cazar sin resistencia. No así los que vigilaban junto al palacete. Al ser conminados a rendirse, vacilaron un segundo por efecto de la sorpresa, Pero cuando los agentes se acercaron con ánimo de ponerles las esposas, intentaron defenderse. Uno de ellos llegó a sacar un arma, y cayó muerto antes que lograra emplearla. Los otros fueron reducidos a puñetazos, entre el griterío de la gente, que se había dado cuenta de la maniobra, y, después de un movimiento instintivo de pánico, se acercaba al palacete presa de la curiosidad.

El tiro disparado obligó a Roderick a guardar muchas más precauciones de las previstas. No se lo había dicho a sus hombres por no alarmarles; pero temía que la delación fuera una trampa. Quizá los «gangsters» se disponían a apresarlos para obligar a Johnson a que se retirara de las elecciones en el último momento.

Seguido por los agentes, el inspector del
F. B. I.,

transpuso la verja, tras de arrancar los precintos, que estaban intactos, y abrirla con una de las ganzúas que llevaba a prevención. Cruzó el jardín, que se mostró a sus ojos bastante descuidado y selvático, y ordenó:

—Desplieguense; cerquen la casa.

Por ningún resquicio de puertas o ventanas se escapaba del edificio el menor rayo de luz. Varios de los agentes se desparramaron por el pequeño parque; los demás siguieron a Roderick, aunque guardando ciertas distancias unos de otros.

—Preparen las armas; atención a lo que yo diga o haga.

La puerta del palacete quedó abierta como antes lo había sido la verja. Una bocanada de humedad, de aire enrarecido, los recibió. Aquello olía a casa abandonada, a habitaciones sin ventilación. Entraron al pasillo y se pegaron materialmente a las paredes. Antes de avanzar, Roderick Arnold encendió una linterna, que enfocó por todos los rincones. No se veía nada sospechoso; el silencio del palacete era absoluto, contrastando con el bullir del exterior.

Siluetado por la luz a medio tono de la linterna, el inspector siguió adelante, con sus hombres pegados a los talones. A veces chirriaba la madera del piso, y era menester hacer alto para auscultar las sombras. Así llegaron al arranque de la escalera por donde el día del asesinato del director del hospital, Hoover había

subido con algunos de aquellos mismos que hoy acompañaban a Roderick. En voz baja, éste dio una nueva orden:

—Cuatro de vosotros, hacia los pisos superiores. Los demás, conmigo, hacia abajo.

El final de la escalera, bajo el ascensor, los llevó a una especie de sótano, muy amplio, que en tiempos debía de haber servido de almacén. Grandes pilastras de hierro sostenían el piso de donde los del

F. B. I.,
descendían.

Un segundo al acecho, antes de avanzar con los oídos y los ojos muy abiertos, y en vista de que nada nuevo descubrían, siguieron adelante con cautela. El suelo era de cemento y no había temor de que los delatara. Por algunos tragaluces que se veían a flor de techo y que iban a dar al jardín se escuchaba el rumor de la calle y se veía cierta claridad.

Las paredes del sótano, hasta más de la mitad de su altura, estaban revestidas por una especie de artesanado de madera; el resto, hasta el techo, aparecía empapelado. La linterna de Roderick enfocó calmosamente el amplio cuadrado. Nada por ninguna parte. Se disponía a ordenar, desalentado, retroceder, cuando sus ojos se posaron sobre uno de los adornos poligonales de que estaba recubierta la pared del fondo. Dicho adorno aparecía menos ajustado que los demás.

Roderick Arnold se acercó. El rayo de luz de su linterna incidió sobre aquel unos segundos. En efecto, los ojos del inspector no le habían engañado. No tuvo sino que empujarle y todo él giró suavemente, dejando al descubierto un hueco por el que podía pasar muy bien un cuerpo humano.

Antes de matar la luz y disponerse a esperar a los agentes que habían subido a los pisos altos, para pedirles que salieran a la calle e intentaran entrar en el «*night-club*», dispuestos, en un caso dado, a cortar la retirada de los posibles conspiradores, vio junto a sus pies una flecha marcada con tiza que señalaba precisamente la entrada que acababan de hallar.

—Cada vez me voy convenciendo más de que la denuncia es cierta; pero, por si acaso, a partir de aquí emplearemos más precauciones. The Transatlantic y el palacete deben de comunicarse

por medio de esta puerta secreta.

No había concluido de pronunciar estas palabras, cuando, dentro del subterráneo, vibró un disparo, cuyo resplandor iluminó por unos segundos las compactas tinieblas. Enseguida, allá al fondo, se abrió y se cerraba una puerta, por la que salió momentáneamente un chorro de argentada luz. Roderick Arnold avanzó a, buena marcha, pegado a la pared. Antes de llegar, descubrió que de la parte posterior de la puerta se escapaba un resplandor. Alguien había abierto el postigo y se disponía a repetir el disparo. En las paredes laterales del subterráneo había algunos nichos y allí ordenó Roderick a sus hombres que se ocultaran, haciendo él lo propio.

Tan sólo uno de los agentes no pudo conseguirlo, porque el tétrico silbido de unas balas se cortó en él, al encontrar refugio en su cuerpo. Cayó de bruces, con un gemido ahogado, y así quedó unos segundos; hasta que el inspector lo arrastró hacia él, aunque ya nada se podía, hacer por su vida.

Roderick Arnold no dio tiempo a que una nueva ráfaga rompiera el silencio que se había vuelto a adueñar del ambiente. Se echó la metralleta con que iba armado a la cara y acribilló la madera de la puerta desde cuyo ventanillo el enemigo había disparado. Repitió por dos veces la maniobra, y esperó. En vista de que nadie contestaba, volvió a avanzar. Enseguida estaba ante la puerta. Exponiéndose a recibir algún balazo, se asomó por aquél. Y lo que vio le causó una gran sorpresa.

La habitación, a que daba el ventanillo era una pieza magníficamente amueblada, pintada de azul. Varios lienzos con escenas de caza se veían colgados de las paredes. El piso era de brillante linóleo, y una gran araña de cristal colgaba del artesonado del techo. Pero no fue esto precisamente lo que había causado la sorpresa al inspector, sino la escena que acababa de descubrir.

Un hombre, cubierto con una larga túnica blanca y un capuchón, apuntaba a Fredmay con una automática. A éste apenas se le veía. Cuatro hombres más, junto a aquéllos, se hallaban indecisos, con sus pistolas en las manos. Y un tercero, el que disparara contra los del

F. B. I.,

yacía hecho un rebujo sobre el piso, junto a la entrada. Fredmay, demudado, se enfrentaba, temblándole la voz, con el enmascarado.

—Es una locura lo que pretendes; no podemos, no debemos hacerlo. Nada nos puede probar la Policía por el momento, pero si nos detiene aquí, después de haber disparado contra ellos, iremos a la silla eléctrica.

El enmascarado rió:

—¿Quién te dice a ti que no es eso lo que pretendo en lo que a ti respecta? Es muy cómodo lo que tú haces: tirar la piedra y esconder la mano. No hay pruebas de nada contra ti, es cierto; pero ahora tendrás que enfrentarte con ellos y morir con nosotros.

Hizo una pausa, y volvió a reír.

—Yo jamás estuve contigo en lo que has hecho. Nuestro acuerdo fué asustar a la gente, pero no asesinar, a mansalva; tus crímenes no pueden quedar impunes. Puede que mi instinto de conservación, el deseo de que mi hija viviera siempre como una princesa, te hubiera servido a ti para seguir burlándote de la Policía. Ahora no. Deseaste algo que yo no estaba decidido a darte y eso te ha perdido. Te he delatado. Estás acorralado...

La eterna sonrisa de Fredmay había muerto. En sus labios florecía ahora una mueca salvaje.

—Quítate de delante. Por esa puerta que está a tu espalda podemos huir. No seas loco. Me gusta mucho tu hija, pero desistiré de mi propósito.

—Nuestra suerte está echada. La tuya es la mía, Fredmay. Yo he jugado con fuego y me he quemado. Pero que conste, Fredmay, que desde el primer día hemos ido de pillo a pillo. Yo en modo alguno pensaba cumplir mi palabra. Tu ayuda me hubiera servido para encumbrarme, pero luego hubiera luchado contra ti, contra todos vosotros, como prometí a todo el mundo.

Roderick había estado a punto de encañonar a los que discutían; pero no le dieron tiempo. Al hablar sé habían retirado de su línea de tiro. De pronto, lo que siguió ocurrió en un segundo. Fredmay se decidió a sacar un arma y disparó al tiempo que el otro. Ambos tiros se confundieron.

El del capuchón apenas si se conmovió, pese a haber sido alcanzado, hasta que los cuatro facinerosos cayeron sobre él como fieras, lo desarmaron y lo patearon. Pero dos de ellos no podrían vanagloriarse en adelante de su hazaña. Sin percibirlo se habían descubierto. Roderick no vaciló un segundo. Apretó el gatillo y los

vio llevarse las manos al lugar donde las balas se les habían incrustado. Después se doblaron por la cintura y cayeron sobre el exánime cuerpo del encapuchado.



AVENTURAS DEL F. B. I.
La enciclopedia del
ARTE
EMOCION
VALOR
y AMENIDAD

IX



L inspector del

F. B. I.,

decidióse a descerrajar la puerta; era mucho más rápido que abrirla con las ganzúas. Apoyó el cañón de su pistola en el ojo de la cerradura y disparó. El paso quedó libre y los agentes, con su jefe a la cabeza, irrumpieron precipitadamente en la estancia.

Fredmay y los dos supervivientes habían desaparecido. El encapuchado, con un tremendo esfuerzo, se medio incorporó y señaló con su mano la puerta a que el dueño de The Transatlantic se había referido hacía poco.

—Corra usted, inspector. Tras ella hay un sótano parecido al que les ha traído hasta aquí, que lleva directamente al «*cabaret*». —
¡Gracia... Johnson Rawley!

—¿Lo sabía usted ya?

—No; le he reconocido en la voz hace poco. ¿Cómo se encuentra?

—Mal; la bala, de Fredmay me ha destrozado. Y los golpes de esos malditos. Algo interior se me ha roto. Siento una gran angustia en el pecho.

—No se mueva. Pudiera sobrevenirle una hemorragia interna.

—¿Qué importa ya nada, inspector? Sólo importa mi hija... ¡mi hija! Pero vaya, inspector. Que no se escape... Yo fui débil y me dejé envolver en las redes de Fredmay; él es el responsable de todos los asesinatos.

El inspector ordenó a sus hombres que persiguieran a los fugitivos.

—¿Cómo pudo usted llegar a este extremo?

—Yo siempre he sido un hombre falto de voluntad. Pero tenía ambiciones y necesitaba satisfacerlas. Cuando presenté mi candidatura a gobernador, lo hice alentado por Fredmay, que necesitaba un testaferro para trabajar a sus anchas.

Rawley tomó aliento y prosiguió:

—Él me dijo que podía aspirar al puesto y me señaló una pauta que seguir. Me presentaría como el paladín de los hombres honrados, como enemigo declarado de la gente del hampa. Él, para buscar la reacción a mi favor de los ciudadanos de orden, atentaría espectacularmente contra ellos, pero procurando no derramar sangre. Yo acepté. El primer domingo que hablé en Chicago me di cuenta que Fredmay me había engañado. Pero yo tenía ya casi seguro el triunfo y me sentí cobarde. Además, tuve miedo a las represalias y mucho más cuando estuve a punto de morir en la carretera de Aurora. La faz de la muerte, inspector, no es nada agradable.

—Me explico, Rowley, que atentaran contra las manifestaciones, pero ¿por qué lo hicieron contra usted?

—Aquello fué harina, de otro costal. En los preliminares del acuerdo entre Fredmay y yo, conocí a Dorothy Laford. Se enamoró de mí y yo pensé que era buena para pasar el rato. Luego vino Mary Fergusson, la mujer que me convenía para mi nueva posición y rompí con aquélla. Celosa y enterada de muchas cosas por el propio Fredmay, Dorothy intentó, por su cuenta y riesgo, asesinarme.

Lo que estaba diciendo Johnson Rowley era demasiado sustancioso para no ganar el interés de Roderick Arnold, que tantas veces se había preguntado cómo y cuándo acabaría la lucha empeñada entre los «gangsters» y el

F. B. I.

Pero, a pesar de que se había olvidado de cuánto ocurría a su alrededor, unos disparos medio ahogados le trajeron a la realidad.

—¡Cállese, Rowley! No se mueva. Volveré enseguida y proseguiremos sus confidencias. Ahora tengo algo mucho más urgente que hacer. Nadie más que yo debe cazar a Fredmay.

—No sé si cuando usted vuelva me quedarán fuerzas aún para hablar, Pero vaya, inspector. Véngume usted de ese hombre cuyo espíritu satánico inficionó mi corazón. Véngume a mí y a tantos inocentes como han muerto por nuestra causa. ¡Sí, por su causa y la mía, porque yo soy tan culpable como Fredmay!

Las últimas palabras de Rowley apenas si llegaron a los oídos de Roderick. Éste había partido corriendo en la dirección en que sonaban los disparos, desembocando enseguida en las bodegas de The Transatlantic. Allí se habían hecho fuertes Fredmay y sus secuaces y tenían a raya a los agentes del

F. B. I.

En el momento de aparecer Roderick Arnold, uno de sus hombres caía con un grito de angustia. No tardó mucho en seguirle uno de los «gangsters». Roderick conminó a Fredmay para que se rindiera, pero éste dejó escapar una maldición y una estentórea carcajada.

—Vamos, inspector; no piense que podrá vanagloriarse de haberme visto acobardado. Venga por mí si se atreve. Estoy ya harto de jugar al gato y el ratón. Y me alegra que, por fin, estemos frente a frente, con las cartas boca arriba.

Soltó una nueva carcajada y la pistola con que estaba armado vomitó su fuego. Un ¡ay!, de muerte se escapó de los labios de uno de los agentes. Ciego de rabia, Roderick Arnold, con su pistola ametralladora, barrió materialmente cada estantería repleta de botellas.

Saltaron vidrios, brotó el champaña, volaron astillas a los aires y un gemido escapó de entre aquel infierno. El hombre que acompañaba a Fredmay cayó hacia adelante, muerto.

A partir de entonces, y durante unos interminables segundos, el dueño del «*night-club*» no dio señales de vida. Pero, de pronto, su pistola, habló desde la escalera de salida al local. Roderick oyó el tétrico silbido y respondió a él con su ametralladora, mas Fredmay se había retirado ya de la línea de tiro y buscaba la salvación en la huida.

No lo consiguió; en el momento en que iba a poner los pies en la sala del «*cabaret*», los agentes del

F. B. I.,

que habían registrado la parte superior del palacete y aquellos otros que quedaron de guardia en la calle, le cortaron la retirada, atraídos por el fragor de la pelea. Le vieron de tal guisa, que no tuvieron que esperar a más para comprender lo que ocurría.

—Dese preso. Toda resistencia es inútil.

Fredmay volvió a reír. Y el eco de su risa no se había aún desvanecido cuando en la bajada al sótano apareció la figura de Roderick.

—No sea loco, Fredmay. Entréguese.

En vista de que el otro seguía disparando como un demonio, Roderick, mientras repetía una y otra vez «entréguese», «no sea; loco», hizo girar el cañón de su arma y lanzó repetidas ráfagas sobre el jefe de los «gangsters». Fredmay sintióse herido de muerte y se incorporó, ya sin miedo, de detrás de la mesa en que se parapetaba. No veía.

Una densa niebla se extendía por su cerebro.

—¡Ahora sí! ¡Ahora sí! —gritó—. ¡Ahora me rindo! Pero ahí os va eso... Son mis últimas balas, mis últimos saludos a esta ciudad que ha temblado bajo el fuerte pisar de mis valientes. ¡Oh, Chicago, Chica...!

La voz de Fredmay se troncó. Había caído a tierra, muerto, su cuerpo descansando sobre el brazo con cuya mano empuñaba la pistola y su cabeza rendida sobre uno de los escalones del «*night-club*», trágico pelele que purgaba así sus crímenes. Su boca, aquella boca de eterna sonrisa, mostraba entonces una mueca de refinada crueldad.

Cerciorado Roderick de que Fredmay había dejado de existir, corrió hacia la entrada del sótano.

—Venid conmigo —dijo a algunos de sus hombres—. Y vosotros

—añadió, dirigiéndose a los que quedaban—, sacad de la bodega a esos dos fiambres y mirad si se puede hacer algo todavía por los nuestros. Llamad luego para que manden el furgón... y también una ambulancia.

Seguido por los agentes designados, descendió a la bodega y desde aquí dirigióse al subterráneo. Dos minutos después entraban en la habitación donde se había efectuado la reyerta entre Johnson Rowley y Fredmay. Roderick soltó una exclamación. El herido había desaparecido. Un rastro de sangre denunciaba su marcha en dirección al palacete.

—Llevad al «*night-club*» a estos hombres —ordenó.

Con la linterna en una mano y la pistola ametralladora en la otra, el inspector avanzó tras el fugitivo. A menos de diez pasos, encontró una gran mancha de sangre, y junto a ella, abandonado, el disfraz que Rowley llevaba puesto al ser herido. Se lo echó al brazo y prosiguió su camino.

Pronto se vio en el almacén y enseguida en el pasillo del palacete que conducía a la salida. Apresuró la marcha. Una sombra cruzaba con pasos indecisos el jardín. Roderick le dio el alto; pero sin resultado. Llegado hasta su altura, cogió a Rowley de un brazo, percatándose presto de que estaba malherido. Andaba por instinto, por inercia; sus ojos estaban casi ciegos y aletargados sus sentidos. Le zarandeó unos segundos intentando hacerle volver en sí, y al no conseguirlo, avanzó con él hacia la verja.

La calle estaba materialmente llena de curiosos, sobre todo frente a The Transatlantic. Johnson y Roderick caminaron un buen trecho por la acera. El primero pareció volver a la realidad.

—¿Dónde iba, Johnson? No le dije que no se moviera.

—Inspector..., me muero, pero me gustaría morir en mi casa. Por favor, inspector; por mi hija se lo pido. Ella es muy sensible..., no resistirá el golpe de saberme deshonorado. Y, si lo resiste, ella, tan alegre de ordinario, será en adelante una sombra amargada. Lléveme a mi coche, Roderick. Tengo muchas cosas que decirle. Si al final cree usted que su deber es degradarme, hágalo. Mas... yo no pido nada para mí; quiero todo para mi hija, ¡porque ella no es culpable de nada! Escuche la voz de un moribundo, inspector...

Johnson Rowley lloraba. Roderick se conmovió. Por el momento, se dijo, le acompañaría a su casa. Luego habría tiempo de

meditar en lo que se debía hacer.

—¿Dónde está su coche, Rowley?

—Allí, en la esquina.

—Espere un momento; voy a dar unas órdenes a mi gente.

Bamboleándose, Johnson Rowley esperó en la acera el regreso del inspector. Después, ambos cruzaron la calle, subieron al magnífico automóvil del político y arrancaron a buena marcha.

Johnson había caído en un sopor. Durante un buen rato sintióse incapaz de coordinar sus ideas ni de modular la menor palabra. Los altavoces de cines y teatros continuaban dando los resultados de las elecciones. Rowley seguía llevando mayoría absoluta.

Hasta que no estuvieron en la carretera que conducía a la villa del político, éste no abrió los ojos. Roderick le preguntó cómo se encontraba y si podía hablar; en vista de que el otro afirmó con un movimiento de cabeza, le animó a hacerlo.

—Creo que usted tenía que contarme cosas —dijo—. ¡Animo!

Johnson Rowley le miró veladamente. Enseguida, haciendo un esfuerzo, contestó:

—Supongo que usted se habrá preguntado por qué delaté a Fredmay, por qué me descubrí yo mismo cuando el triunfo estaba casi en nuestras manos.

Roderick hizo un gesto afirmativo. En efecto, él se había hecho esa reflexión; y abrigaba la esperanza de que el motivo fuese el arrepentimiento. Rowley pareció leer el pensamiento del inspector.

—Podría disculparme diciendo que lo hice porque jamás estuve de acuerdo con Fredmay; pero no es así. Hay otro motivo para que me decidiera a delatarle: mi hija. Quería casarse con ella. ¡Él, un asesino, un malvado, a quien yo, en el fondo, odiaba a muerte! ¿Podría yo consentirlo? Había pasado por todo, me había hecho cómplice de sus crímenes, pero eso era imposible. Betty no podía ser suya, no podía entregar su castidad a un bestia como él; a un hombre enfangado, sin moral, que tal vez la hubiera pervertido...

Las palabras de Rowley, palabras lentas, trabajosamente moduladas, salían sibilantes de sus labios. Roderick escuchaba en silencio, sin osar interrumpirle, porque sabía que los minutos del político estaban contados y no podía malgastarlos con sus interrupciones.

—¿Comprende mi punto de vista, Roderick? Al negarle

rotundamente mi apoyo en lo referente a mi hija, él me amenazó con desenmascaramme ante ella, con presentarme como el responsable absoluto de todas las muertes. Y sé que lo hubiera hecho. Y yo no podía consentir eso y mucho menos que mi hija fuera su mujer.

Hizo una pequeña pausa para tomar aliento.

—Por eso llamé a la filial del

F. B. I.,

y puse la denuncia. Yo le había dicho a Fredmay, en vista de su actitud, que transigía; pero que antes tendrían que tener él y todos los suyos una conversación previa conmigo en el palacete. Mi intención era huir cuando ustedes llegaran; pero antes, si ustedes no lo habían hecho, yo debería cerrar la boca de Fredmay, pues sólo él me conocía. ¿Lo han detenido, inspector?

¡No; lo hemos matado! Se negó a entregarse y hubo que suprimirlo.

—Aunque no me ha salido todo como esperaba, me alegro de los resultados, Chicago podrá respirar ahora tranquilo... Tengo que pedirle algo, inspector: yo moriré pronto déjeme morir sin que nadie sepa la parte que a mí me incumbe en los acontecimientos. Es un favor que me debe, inspector. Si bien por egoísmo, yo le he dado resuelto el caso. Ya le he dicho que no lo pido por mí, sino por mi hija. ¡Que no caiga sobre ella tan terrible baldón!

Roderick no respondió. Estaba demasiado conmovido para razonar y la petición de Rowley era cosa que debía meditar. No por él, efectivamente, sino por su hija. Por su hija y por Dick Bailey. Por éste sobre todo, tan buen muchacho, tan excelente amigo y que tanto amaba a la joven. Para no comprometerse a nada aún, dio de lado a aquel tema y preguntó cómo siendo Fredmay y él amigos habían intentado raptarle el día que se dio de alta del hospital. Rowley sonrió con amargura.

—Yo tenía miedo, inspector, a parecer sospechoso. La conciencia me acusaba. Por eso acordé con él la simulación de mi propio rapto. Mis raptos no dejaron la ambulancia porque fueran seguidos por usted y Dick Bailey, sino porque así, había sido convenido de antemano.

La fatiga del político iba en aumento. Llevaba la cabeza recostada en el respaldo del asiento y respiraba con dificultad. Sus

labios estaban exangües, casi morados, y sus mejillas como la cera. Cerró los ojos y dejó caer las manos, inertes, sobre el asiento. Roderick se asustó.

—¡Rowley! ¡Rowley! —llamó—. ¡Animo! Estamos llegando a su casa.

Efectivamente, allí estaba ya la casa del político, recortándose contra el fondo estrellado del cielo. Roderick frenó a la puerta e hizo sonar el «claxon» repetidamente. Salió el mayordomo y la doncella y enseguida Betty Rowley y Mary Fergusson.

—Llamen a un médico. Su padre está malherido.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Roderick Arnold avanzó con el moribundo hacia el vestíbulo.

—Preparen su cama: ¿Dónde está la alcoba?

El herido abrió los ojos.

—No se moleste, inspector. Déjeme ahí, en ese diván. Me ahogo... Y tú, Betty, deja tranquilo al doctor. Llegaría tarde... Ven aquí, a mi lado, hija mía. Y tú, Mary, ven aquí también. El tiempo urge y va siendo hora de que te diga algo. Tú me pediste hace unos días que te devolviera tu palabra de ser mi mujer y yo te respondí que lo haría después de las elecciones, pues antes no me convenía. Mi muerte, Mary te libera de tu compromiso. No quisiste decirme el motivo que te obligaba a dar este paso, pero yo lo sabía, como sabía también que Betty estaba enamorada. Tú y ella, siempre fuisteis para mí como un libro abierto. Lo que más me gustaba de vosotras era vuestra mutua amistad, vuestra camaradería, vuestro cariño. Y aunque habéis conspirado contra mí (tú también, hija mía) —prosiguió con dulzura infinita volviéndose hacia Betty— he de perdonaros. Hicisteis bien. El amor es una cosa muy seria, que nos asalta a la vuelta de cualquier esquina en el momento más imprevisto. Por eso hay que saber diferenciar entre un simple espejismo y el verdadero amor.

Sin transición, sin pausa, se volvió hacia Roderick y le ofreció la mano.

—Usted es el amor de Mary, inspector; le felicito y felicite en mi nombre a Dick Bailey por haber conseguido el de mi hija. Que seáis todos muy felices.

Una bocanada de sangre le impidió continuar.

La puerta; había sido dejada abierta. Un grupo de periodistas y

fotógrafos irrumpió en la estancia, plumas y máquinas en ristre. Roderick les cortó el paso. Eran los mismos que habían hablado tiempo atrás con Rowley en la clínica. El inspector los conocía de mucho antes.

—¿Qué deseáis?

—¡Johnson Rowley ha triunfado por aplastante mayoría! Queremos unas palabras para nuestros lectores y unas fotografías. ¿Podemos verle?

—Verle, sí; incluso hablarle; pero dudo que él os pueda responder. ¡Acaba de morir!

—¿Cómo?

El inspector Roderick se decidió de pronto.

—Fredmay, el propietario de The Transatlantic ha resultado culpable de cuánto en Chicago ha estado sucediendo. El disparó sobre Rowley, cuando intentábamos detenerle.

Los periodistas salieron después de haber tirado unas placas del cuerpo yacente. Roderick Arnold regresó al lado de Betty Rowley y de Mary Ferguson. Ésta no se atrevió a mirarle. Pero el inspector, muy emocionado, echó sus brazos, protector, sobre los hombros de las dos mujeres. Ambas lloraban con entrecortados sollozos, pero los de Mary no delataban un dolor tan profundo, ni mucho menos, como el que se adivinaba en los de Betty Rowley.





Un agente del F. B. I. es secuestrado por los contrabandistas de armamentos. Un **boss** de inteligencia maquiavélica, logra, mediante un modernísimo invento, hacer que declare cuáles son los planes del F. B. I. El **suero de la verdad** ejerce su efecto delador y el agente es tachado de traidor por sus propios jefes y compañeros.

Armour, expulsado

Así se titula la maravillosa novela debida a la fértil pluma de

O. C. TAVIN

el autor que nos deslumbró con sus grandes creaciones: LA REDADA, TRAIÐOR, PERSECUCION, A LA DESESPERADA.

Armour, expulsado

Causará sensación a su salida, la próxima semana, en la inimitable

Colección F. B. I.

NOTAS

[1] El de Cook, cuya capital es Chicago. < <

[2] «El transatlántico». (N. del E.). < <